CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

D. José Cuesta, *calle Mayor.*
D. Casimiro Monier, *Carrera de San Gerónimo.*
D. Juan Luz de los Rios. *calle de Carretas.*
D. José Perez, *idem.*

CATALOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, *estrenadas últimamente en los Teatros de esta corte.*

DRAMAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

La niña del mostrador.
La mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!!
Rioja.
Muger y madre.
El curioso impertinente.
La aventurera.
La pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores ó todos estan locos.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS

EN TRES ó MAS ACTO

El agua mansa.
Un infierno ó la casa de huéspedes.
El duro y el millon.
El oro y el propel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision.
La cabra tira a monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alteza.
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas.
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Jardido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
¡Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo culto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero
A quien Dios no le dá hijos.
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Gresillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo ó el Principe de Montocresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.

EL BANDIDO INCÓGNITO

Y

LA CAVERNA INVISIBLE.

COMEDIA EN 3 ACTOS Y EN PROSA

DE D. N***

N.° 239.

MADRID=1854.
IMPRENTA DE T. Fortanet, GREDA NUM. 7.

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elbandidoincognit00unse

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varie el título ó represente en algun teatro del reino ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de abril de 1839, 4 de marzo de 1844 y 5 de mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

722041

PERSONAJES.

EL DUQUE, gobernador de la ciudad.
CAMILA, su sobrina.
JACOBO, bajo el nombre de German.
EL MARQUES DE VIVALDI.
CUCUFATE. }
MORLAC. } Bandidos.
RAGOTZ. }
JUANA, criada de Camila.
DOS ALDEANOS.
UN OFICIAL.
SALVIATI, gefe de los esbirros armados.=Comparsas, senadores, oficiales, soldados, esbirros uniformados y armados, lacayos, músicos, bailarines, bandidos y pueblo de todas clases.

La escena se finge en una ciudad marítima y sus inmediaciones.

La accion empieza en el primer acto á la caida de la tarde y concluye ántes de anochecer.

En el segundo acto despues de medio dia y concluye ántes de anochecer.

En el tercer acto á la caida de la tarde y concluye despues de anochecer.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una galería del palacio del gobernador. En el fondo un peristilo. Al través se ven los jardines del mismo palacio. Todo está ricamente adornado y como anunciando un próximo festin.

ESCENA PRIMERA.

JUANA. ALDEANOS *de ambos sexos.*

(*Los aldeanos entran por el jardin con canastillos de flores y los colocan delante del aposento de Camila. Juana dirije á unos y á otros en los preparativos de la funcion*).

JUANA. No, no es eso, muchachos; no es eso. Cuidado con lo que haceis. Las guirnaldas que no tengan rosas á un lado y ponérselas. Mientras tanto no se admiten. Sois muy mi-

serables. (*Los aldeanos hacen lo que les dice*). Me habiais prometido traer las mejores flores, y habeis traido cualquier cosa; lo primero que se os ha venido á las manos. Para otra vez será preciso que yo me valga de mejores medios, sopena de quedar con poco lucimiento.

UN ALD. Es verdad, señora Juana, las flores no son tantas ni tan buenas como usted nos las habia encargado, pero, cáspita; bien sabe usted lo que nos impide servirla cual quisiéramos. No puede uno alejarse doscientos pasos fuera de los muros, sin esponerse á pagar con la vida su atrevimiento.

JUANA. ¡Cobardes! ¿Teneis miedo á la cuadrilla de los invisibles?

ALDEANO. ¡Y mucho miedo! Caramba, no respetan á nadie. Al rico le despojan; al pobre le despojan tambien, y á mayor abundamiento le zurran. Esos bribones se aparecen, como por encantamento, en donde uno menos lo piensa, y... y vea usted; ayer mismo, sin ir mas lejos, dos amigos nuestros venian de una feria (*Esto lo dice separándose de los aldeanos y adelantándose hácia el proscenio*). y á las puertas de la ciudad fueron asaltados y robados como unos señores. Y no se figure usted que era de noche. Nada de eso; asi entre dos luces y aun mas bien claro que oscuro.

JUANA. ¿De veras? (*Como burlándose del miedo del aldeano*).

ALDEANO. Como que no se puede ya viajar sin escolta. Yo por mi parte no me creo seguro, ni aun llevando un cañon en la faldriquera. Lo mas maravilloso es el modo de conducirse que tienen los tales señoritos. No sale de aqui una sola persona, (*Con misterio y mirando á todas partes*) vaya donde quiera, sin que ellos sepan á dónde va, á qué negocio va, cuánto dinero lleva, y hasta las monedas en que lo lleva. Es horroroso el número de bandidos. Y no se figure usted que son todos como los

bandidos de cualquier parte que generalmente tienen las caras feas y voz semejante al sonido de un esquilon quebrado; no señora. Hay hombre entre ellos que podria pasar á gusto en la corte por un señoron. Vea usted la semana pasada lo que le sucedió á mi cuñado; y digo que es el mozo mas agudo que hay en toda esta provincia, como que lee de corrido, y á los diez y siete años sabia ya echar su firma mejor que un escribano. Pues señor, salió con varios compañeros á hacer la poda en la quinta del señor duque, iban cantando aquellas coplitas «En tanto que tu duermes»... ya sabe usted...

JUANA. Sí, ya sé. ¿Y qué sucedió?

ALDEANO. ¿Qué habia de suceder? Al salir por el puente largo se le reunieron hasta diez ó doce caballeritos muy bien puestos, que llevaban al parecer el mismo camino... Empezaron á cantar con los otros, y á enredar conversacion, y... vamos, por fin y postre, lo que resultó fue que á la bajada del barranco, cada uno de los caballeritos echó mano á un puñal, y mi pobre cuñado y los suyos tuvieron que pedir misericordia. ¡Ay, señora Juana! Todos eran ladrones, y de los invisibles! Ya se vé, como en la cuadrilla de los podadores iba tambien el capataz de la quinta, y llevaba seiscientos escudos en oro para pagar á los dependientes y lo necesario para las obras; me los desnudaron de los pies á la cabeza y les dejaron limpios. Aguantaron muchos palos, y cuando quisieron recordar... ¡Buscadlos! Ya habian desaparecido los ladrones como por májia, cual si se los hubiera tragado la tierra.

OTRO ALD. Aunque uno lleve escolta no sirve de nada, porque son ya tantos los ladrones que á veces podrian hacer frente á un regimiento entero. Lo que nos consuela algun tanto es la esperanza de que nuestro bravo Jacobo, tomará á su cargo este negocio, y nos librará del feroz German.

ALDEANO. ¿Con que va á casarse hoy, y quereis vosotros que salga mañana por esos vericuetos á hacerse romper la cabeza? Ay, amigo, para los recien casados y con una moza tan linda como la señorita Camila, debe de ser eso un poco duro; porque ya veis cuando... pues...

JUANA. Vamos, no hagais ahora calendarios.

ALDEANO. ¿Qué calendarios, ni qué niño muerto? ¿Le parece á usted que si me casára yo, con usted, por ejemplo, tal como hoy, estaria de humor de echarme á perseguidor de ladrones mañana, y recibir tal vez un porrazo que me enviase en posta al otro mundo?

JUANA. Pues yo os aseguro, que Jacobo es un caballero intrépido y valiente como el que mas; y ninguno duda en esta casa, de que el señor duque le tiene elegido, asi que sea su sobrino, para que al frente de un cuerpo de tropas respetable, limpie la provincia de tanta sabandija, y restablezca la seguridad de los caminos. Este servicio será de grande importancia á los ojos del Soberano, quien le recompensará dignamente.

ALDEANO. Y hablando de cada cosa un poco ¿á qué hora es la funcion, señora Juana?

JUANA. A las ocho el casamiento. El señor regente, los oficiales del ejército, la nobleza de la ciudad, y muchas gentes distinguidas de los pueblos inmediatos deben de asistir. El señor duque ha convidado á todo el mundo. Será soberbia la funcion. Nosotros tendremos tambien nuestro baile particular en la plaza grande del jardin. El señor Jacobo ha dispuesto por sí mismo cuanto puede contribuir á nuestro obsequio y diversion. Una orquesta aparte, un buen ambigú... Vamos, se nos tratará como á los convidados del salon. Con que hasta luego. Cuidado que no falteis, ni os hagais esperar.

ALDEANOS. Estaremos aqui antes de las ocho.

JUANA. Bueno. Ah... si... oigo á mi ama. Hasta luego.

TODOS. Hasta luego. (*Vánse, menos Juana*).

ESCENA II.

JUANA. CAMILA.

CAMILA. Te andaba buscando. ¿Has visto á Jacobo?

JUANA. No, señora; pero sé que esta mañana ha venido varias veces; ha hablado largo rato con el señor Duque, y debe de volver muy pronto. ¿Qué tiene usted, señorita? Me parece...

CAMILA. ¡Ay, Juana!

JUANA. ¿Está usted llorando?

CAMILA. En vano pretenderia ocultar mi inquietud. Tiemblo que se desvanezcan mis esperanzas en el momento mismo en que voy á unirme con quien mas amo. Presentimientos siniestros... un secreto terror...

JUANA. ¿Pero por qué alarmarse asi? ¿No está usted segura de que su futuro esposo la quiere? El señor Duque, tio de usted, consiente en que se haga el matrimonio. Yo no hallo razon para entristecerse.

CAMILA. Escucha y juzga si mi terror es justo. Ayer tarde cuando se retiró Jacobo, estaba yo en mi aposento; y sola, sentada á la ventana, me abandonaba á los encantos de una dulce ilusion. No veia mas que á mi amante; mi memoria fiel me representaba los primeros momentos de un amor por tanto tiempo combatido, y los obstáculos de que habia triunfado nuestra constancia. Mi espíritu consideraba la felicidad que un benéfico porvenir parecia ofrecernos. Percibo de repente bajo mis pies un ruido lijero que se me figuró venia del bosquecillo: siento claramente las pisadas de muchas personas que caminaban con precaucion, procurando sin duda no ser sentidas: crece mi pavor con la oscuridad; y ya iba á llamar cuando hirió mis oidos mi propio nombre pronunciado y re-

petido en voz baja por los misteriosos personages del bosquecillo. Escucho atentamente, pero no puedo comprender por de pronto mas que frases interrumpidas, que escitaban mas y mas mi curiosidad. Por último: llegué á entender estas palabras, pronunciadas con un acento terrible. «Jacobo, nada de hime-«neo con Camila; lo hemos jurado.—Yo sos-«tendré mi juramento á costa de mi sangre. «—Y nosotros tambien. Nada de himeneo.» (*Esto lo ha dicho imitando dos voces*).

JUANA. ¡Dios mio!

CAMILA. Un grito que no pude sofocar, me descubrió y huyeron. Escuché de nuevo, llamé, supliqué á aquellos impios que me esplicasen los motivos de su funesta resolucion, la causa de su terrible juramento; y no obtuve respuesta.

JUANA. ¿Pero está usted bien segura? La imaginacion escesivamente acalorada, puede haber sido causa de una vision como la que acaba usted de pintarme.

CAMILA. Quisiera persuadirme tambien á que este suceso fuese absolutamente imaginario; pero aquella terrible voz... aquellas palabras... ¡Yo las oigo aun!

JUANA. Cálmese usted, señorita; esas amenazas no deben de incomodarnos, ni tendrán efecto aun cuando lo que usted me cuenta hubiese pasado asi. Y en todo caso el valor de Jacobo...

CAMILA. Su presencia es la que puede únicamente restituir á mi corazon la tranquilidad que ha perdido. Yo confío en su lealtad, y mis temores desaparecerán cuando me halle á su lado. Alguien viene.

JUANA. El señor Duque.

CAMILA. Silencio.

ESCENA III.

Dichos. El Duque. Oficiales.

Duque. Si, señores; las noticias que acabo de recibir, y las disposiciones que hemos tomado, me aseguran de que muy en breve habremos librado nuestro territorio del azote funesto de los invisibles, y de su malvado gefe German. Dentro de una hora, reunidos en mi aposento, examinarémos los medios que nuevamente se proponen para lograrlo con mas prontitud. (*Vánse los oficiales y Juana*).

ESCENA IV.

El Duque. Camila.

Duque. Querida sobrina, estaba impaciente por comunicarte la llegada del Marques.

Camila. ¡El Marques!

Duque. Aun no está en la ciudad; mas un criado suyo, que le precede, acaba de anunciarme su regreso. Se apeará en Palacio... Qué significa esa turbacion?

Camila. ¡Querido tio!

Duque. ¿Temes acaso sus reconvenciones?

Camila. ¡Sus reconvenciones! No señor: jamás le he lisonjeado con la mas pequeña esperanza. Antes de conocer á Jacobo habia ya renunciado á la mano del Marques, y no puede nunca acusarme de haber sido infiel ni falsa. Temo, sin embargo, que su presencia y sus observaciones, podrán aumentar la repugnancia que manifiesta usted hácia Jacobo, y...

DUQUE. Tranquilízate, Camila. El Marques tiene un carácter muy noble, y yo te amo mucho. Hé deseado ciertamente con el mayor empeño que te interesases por él; pero nunca tuve intencion de contrariar tus inclinaciones. Te decidiste por Jacobo; me pareció peligrosa esta eleccion, y creí deber oponerme, en razon del misterio que rodeaba al parecer á ese jóven, y del silencio, misterioso tambien, que afectaba sobre su nacimiento, educacion, primeras ocupaciones y demás. Bien conocerás que todo esto debia escitar mis sospechas; pero me equivoqué, y tengo un placer en confesarlo sin rodeos. Hoy mismo he recibido las últimas pruebas que habia menester para desengañarme. Obran en mi poder todos los documentos necesarios para justificar que Jacobo pertenece á una de las mejores casas del mediodia de la Europa, de quien es único heredero. Su inmensa fortuna le ha proporcionado medios de viajar por todas partes; y solo el amor que te profesa le ha podido obligar á fijar su residencia aqui para siempre.

CAMILA. No me habia usted instruido de tales pormenores.

DUQUE. Pero he dado mi consentimiento para vuestro matrimonio, creyendo que era este el modo mejor de sincerarme contigo, de hacerte olvidar mi error, y disculpar una dilacion que la prudencia juzgaba indispensable.

CAMILA. Querido tio, ¡cuán grande es el beneficio que usted me hace! Usted aprueba mi eleccion; usted la confirma; he aqui lo que yo deseaba oir de usted mismo, y lo que desvanece las dudas mortíferas en que naufragaba mi oprimido corazon.

ESCENA V.

Dichos. Un oficial.

Oficial. El Señor Marques.

Camila. ¡El Marques!

Duque. Que pase adelante. Vamos, anímate un poco.

Camila. Permítame usted que me retire, querido tio. Tiene usted que hablarle de asuntos importantes. Pronto volveré á saludar al señor Marques, y á exponerme á todo su enojo. (*Vase*).

ESCENA VI.

El Duque. El Marques.

Marques. Disimule usted, señor Duque, si me presento tan repentinamente. No he podido moderar mi impaciencia.

Duque. Celebro mucho el regreso de usted. La comision que se le habia encargado era muy peligrosa.

Marques. Gracias al Todo-poderoso me he librado por esta vez de los invisibles; y el éxito de mi viaje ha correspondido á mis esperanzas.

Duque. ¿Se há descubierto la guarida de German?

Marques. Creo que sí.

Duque. Explíquese usted, pues.

Marques. Segun convinimos, he recorrido en estos diez meses todo el territorio, y he visto en general temblar las poblaciones al solo nombre de los ladrones invisibles. Un pavor sin ejemplo se ha apoderado de los corazones; todos se dejan desnudar y robar en medio de los caminos, sin proferir una sola queja,

porque creen que el quejarse sería bastante delito para quedar asesinados en el acto. Debo de confesarlo. La reputacion de German es bastante para justificar los terrores que inspira su nombre. Dotado de una fuerza prodigiosa, con una osadía que nada es capáz de contener: conservando en su infame profesion algunas virtùdes que son el ornamento de los hombres de bien; disfrazándose de mil modos en sus criminales empresas, de suerte que á veces ni aun de los suyos puede ser conocido, ha subyugado enteramente los espíritus de cuantos le acompañan. Estoy distante de dar crédito á las muchas anécdotas que se cuentan de ese hombre extraordinario; pero me parece que en su existencia hay algo de misterioso. La ciega obediencia que le prestan sus secuaces, la mezcla de heroismo y ferocidad que se observa en sus hechos, todo anuncia un hombre no vulgar, y de quien se deben temer los mayores arrojos.

DUQUE. ¿Y logró usted por fin hallar á ese miserable?

MARQUES. Un dia creí serme fácil apoderarme de él. Me advirtieron que debia de acampar con parte de su cuadrilla en un bosque espeso que podia cortarse sin grande dificultad. Consulté mi celo mas bien que mis fuerzas, y decidí atacarle. Mis soldados quedaron en breve derrotados: una parte de ellos sucumbió en el campo de batalla: otros huyeron en dispersion; y yo iba á ser víctima de mi imprudencia. Un jóven, á quien el ruido de la escaramuza debió sin duda llamar en mi auxilio, me salvó la vida. Estrechado por cinco de los ladrones, de los cuales me cargaron mas particularmente dos, rota mi espada, y á punto de perecer, se precipita en medio de los tres aquel jóven singular; deja tendidos á mis pies los dos asesinos, hace huir á los otros, y desaparece con la velocidad del rayo. Puede usted juzgar cuánto sentiría no

conocer á mi libertador; pero se habia substraido á mi gratitud, y todas mis pesquisas han sido inútiles. Aquella aventura me hizo mas prudente. Limitándome desde entónces á espiar con las mayores precauciones todos los movimientos de los bandidos, he trabajado en descubrir sus diferentes guaridas y enterarme de todas las particularidades que pueden suministrar alguna luz relativa á sus costumbres, señas de inteligencia, y demas circunstancias. Por fin, despues de muchas tentativas malogradas, la casualidad me ha dado á conocer el predilecto albergue de German. En él oculta sus tesoros: y lo que mas sorprenderá á usted es que este albergue, ignorado de todo el mundo, está casi á las puertas de la ciudad.

DUQUE. ¡Á las puertas de la ciudad!

MARQUES. Si, señor. Tres leguas de aqui dá principio la selva llamada de la Vírgen: á poco trecho hay unas ruinas de la antigua hospedería de los Templarios. Estas ruinas son el asilo de German y de sus compañeros. Asilo formidable, de dificil acceso, por las encadenadas rocas y profundos precipicios que en todas direcciones le defienden. En medio de las ruinas han practicado diferentes concavidades: han habilitado algunas antiguas bóvedas: han abierto varios caminos subterráneos: tienen minada una gran parte de la circunferencia del edificio, y parece que á favor de esta infernal caverna, se han adquirido el renombre de invisibles. Yo he descubierto el modo de penetrar en ella. He dejado en observacion algunos soldados para vigilar los movimientos de German; y si concertamos con todo sigilo un ataque, me atrevo á responder que sucumbirán por fin, y que en adelante podremos respirar tranquilos. Entónces ya no me quedará mas que desear, sino que Camila se decida á mirarme con ménos indiferencia

DUQUE. He ejercido en favor de usted todo mi in-

flujo; pero mi sobrina apasionada de otro, me ha desairado. El enlace que usted proyectaba, soy franco, mereció desde luego toda mi aprobacion; el que proyecta mi sobrina me ha costado alguna repugnancia; pero usted conoce que en negocios de que ha de depender la felicidad ó desgracia de toda la vida, puede y debe de interponerse el influjo, sin echar nunca mano de la autoridad. Usted tiene que disimular á mí sobrina. Ella ama á usted; reconoce y aprecia las brillantes cualidades que le hacen acreedor á la estimacion universal; le juzga muy digno de su mano y de su corazon; pero sintiendo mucho no poder complacerme, se decide por otro esposo.

MARQUES. Sé que Camila á pesar de mis ardientes votos, á pesar de los deseos de usted... Sin embargo, yo veré, yo conoceré á ese afortunado rival. Para consolarme de la pérdida de vuestra sobrina, es necesario que yo sepa si el esposo que elige es mas digno de ella.

ESCENA VII.

Dichos. Un OFICIAL.

OFICIAL. El señor Jacobo pide permiso para presentarse.

DUQUE. Que entre. (*Se retira el oficial*). Va usted á ver su rival. Cuento con la prudencia y circunspeccion que las circunstancias exigen.

MARQUES. No sé si podré contenerme.

ESCENA VIII.

(*Dichos. Camila, con dos criados, se coloca al lado de su tio. Jacobo magníficamente vestido ocupa el centro*).

JACOBO. Señor Duque, me es permitido en fin ex-

playar libremente la alegria de mi corazon. Este dia feliz, por cuya aparicion he suspirado tanto, va á recompensar con usura las mortíferas ansiedades en que mi pecho vacila. Querida Camila, no mas dilacion; que un himeneo venturoso corone el amor que nos profesamos.

MARQUES. No me engaño... estas facciones... (*Aparte*). ¿Será posible?

DUQUE. Recuerdo á usted, señor Marques... (*Conteniéndole*).

MARQUES. Si; no hay duda; es él. (*Mirando á Jacobo*).

JACOBO. ¿Habla usted por mí?

MARQUES. El jóven intrépido... ¿No se acuerda usted de la selva de la Vírgen?

JACOBO. ¡La selva de la Vírgen! (*Turbado*).

MARQUES. Yo estaba acosado por los bandidos, un jóven se interpone cerca del puente largo... cuando yo iba ya á sucumbir... mi espada rota...

JACOBO. En efecto; me acuerdo.

MARQUES. El es! El es mi libertador.

DUQUE. ¡Su libertador!

CAMILA. ¿Conoce usted á Jacobo?

MARQUES. Solo le he visto una vez; pero sus facciones quedaron grabadas en mi memoria para siempre. Si, señor Duque, aquel desconocido que me defendió del furor de los ladrones, que salvó mi vida, que huyó al momento que me vió libre, es el esposo que se destina á la señorita.

CAMILA. ¡Cielos! ¡Qué felicidad!

JACOBO. Yo suplico á usted... lo que hice en aquella ocasion no merece... siempre que uno ve á sus semejantes en peligro... (*Como violento*).

MARQUES. No; esta accion es digna de publicarse, y merece mi sincero reconocimiento. Usted me salvó: mi vida es suya. Mi brazo está pronto á emplearse en obsequio del que con una generosidad y valor sin ejemplo, arriesgó su existencia para proteger la de un desconocido con quien solo le unian los vínculos de la humanidad.

JACOBO. Son los mas respetables.

MARQUES. Sepa usted, caballero, que yo soy el rival con quien ha tenido que competir. Hace un momento que odiaba el nombre de usted, lo maldecia, y hubiera querido á costa de toda mi sangre sacrificarle á mi celoso furor. Ahora, sin ser ingrato, no puedo disputar á usted un corazon que tiene bien merecido, y si me costase la vida, sabria dominar una pasion que pudiera ofender ni en lo mínimo á mi querido bienhechor. Sí: yo amo á Camila, yo la adoro. Juzgue usted si es grande el sacrificio que me impongo; el único capaz de recompensar dignamente un beneficio de que me confieso deudor.

DUQUE. Señor Marques, reconozco á usted en ese noble lenguage, y me felicito de tener amigos tan justos y generosos. (*Estrechándole la mano*).

JACOBO. Agradecido yo igualmente á la generosidad del señor Marques, le ofrezco no desmentir jamás la primera prueba que le di de mi cariño, cuando no tenia aun la dicha de conocerle. Entretanto, si el señor Duque se digna permitirlo, pasarán adelante mis criados, y tendré el honor de ofrecer á mi idolatrada Camila, los primeros homenages del que tiene ya la ventura de anunciarse como su esposo, y la esperanza de no ser nunca indigno de este nombre.

ESCENA IX.

Dichos. Pajes, Lacayos, y despues JUANA.

(*Los pajes conducen los presentes para Camila, Jacobo se los ofrece: ella los recibe, y hace pasar á manos de sus criados. Despues sale Juana*).

JUANA. Señor, los oficiales de la guarnicion, infor-

mados de la llegada del señor Marques, están esperando á V. E. en su aposento.

DUQUE. Vamos á recibirlos, amigos mios, volveremos al instante para asistir á la ceremonia que se prepara. Mi palacio y mis jardines estarán abiertos para todos los habitantes de la ciudad. Repartid, en nombre de Camila, algunos socorros á los necesitados; y que todos, si es posible, participen de la alegria que reina en nuestros corazones. (*El Marques presenta su mano á Jacobo, estrecha con afecto la de este, saluda á Camila, y sigue al Duque. Todo el acompañamiento se retira á una señal de Jacobo*).

ESCENA X.

JACOBO. CAMILA. JUANA.

JACOBO. Hermosa Camila, por piedad... confiésame que tu impaciencia era igual á la mia; que tu amor es tan fervoroso como el que hierbe en mi sangre; que si mi felicidad depende de unirme á tí, la tuya está cifrada en ser mi esposa.

JUANA. Dios mio! ¡Qué bordados; qué riqueza! ¿Ola, una cartita tambien? Alguna nueva galanteria del señor Jacobo (*Mirando las galas*).

CAMILA. ¡Un papel!

JUANA. ¡Y con sobre para mi señorita!

CAMILA. Dámele. (*Lo toma*).

JACOBO. ¡Un papel! Yo ignoro...

CAMILA. Gran Dios! ¿Aun esta terrible amenaza? «*Nada de himeneo.*»

JACOBO. Querida mia; cuál puede ser la causa de esa repentina inquietud que veo pintada en tu semblante? ¿Qué puede contener ese papel?

CAMILA. Lee, Jacobo, lee y mira si soy desgraciada.

JACOBO. «Jacobo, Camila, nada de himeneo... (*leyendo*). »Guardaos bien de llegar al altar. La muerte

»os aguarda en aquel sitio»—¿Y quién es el osado?.. ¡Ola! Mis criados...

CAMILA. ¿Qué vas hacer?

JACOBO. Camila, vuelve en tí. Solo un cobarde puede valerse de esas armas vergonzosas. ¡Ah! sea quien fuere, se guardará muy bien de llevar á cabo tales amenazas, ni aun de presentarse en momento semejante. Demasiado debe de comprender que nada podria libertarle de mi justo furor, y que su muerte sería inevitable en el instante en que se diese á conocer.

CAMILA. No me abandones, querido Jacobo; no te apartes de mi. Tal vez algun cobarde acecha tus pasos, y espia una ocasion favorable para... ¡Oh Dios! No me abandones; yo te lo ruego por el amor que me profesas.

JACOBO. No, Camila, yo velaré por tí; pero en nombre del cielo, calma esa inquietud pavorosa. Sí cálmala. ¿Qué poder humano será bastante para desunirnos? Tú eres mia por tus juramentos, por tu amor, por aquel amor que me inspiraste desde el momento en que tus ojos se encontraron por primera vez con los mios. Entonces juré que nadie sino yo seria el esposo de Camila. ¡Infeliz del que temerariamente intentase arrancarte de mis brazos! (*Varias gentes entran en el jardin, algunos hombres se adelantan y acechan á Jacobo*).

CAMILA. ¡Silencio! Los jardines empiezan á ser ocupados.

JUANA. Señorita, se va acercando la hora de la ceremonia. Es preciso disponerse. Las criadas están esperando en el gabinete.

(*Jacobo dá la mano á Camila. Juana entra y no vuelve hasta que aquel es detenido por Morlac*).

ESCENA XI.

Dichos. MORLAC. RAGOTZ *y muchos bandidos disfrazados de aldeanos.*

MORLAC. Caballero? (*A Jacobo*).
JACOBO. En otro momento. (*Sin mirarle*).
MORLAC. Estas buenas gentes... (*Siguiéndole*).
JACOBO. Estoy muy agradecido.
MORLAC. Sois menos altanero (*cojiéndole de la mano y deteniéndole*) en las peñas de la Vírgen.
JACOBO. ¡En las peñas! (*Le mira y queda atónito*).
CAMILA. ¿Qué te detiene, Jacobo, por qué no entras?
JACOBO. Nada, querida, nada.
MORLAC. Es preciso que te hable sin (*bajo*) testigos. Haz que se retiren esas mujeres. Aquí te aguardo. (*Juana quiere llevarse á Camila*).
JACOBO. ¡Miserable! ¡Y te atreves!
MORLAC. ¡No hay que amenazar! Si no me oyes, te pierdes. Los medios estan en mi mano y tú lo sabes.
(*Jacobo vuelve á tomar la mano de Camila. Esta repara en su inquietud y quiere penetrar la causa. Jacobo la tranquiliza, y se entran mirando á Morlac que permanece con los suyos*).

ESCENA XII.

MORLAC. RAGOTZ. BANDIDOS.

RAGOTZ. ¿Y bien?
MORLAC. ¡Cuidado! Tu proyecto es demasiado atrevido.
MORLAC. Esos son los que suelen lograrse. No os separeis de estas inmediaciones, y no dejeis que nadie se acerque durante nuestra conversacion. Pronto me reuniré con vosotros.
RAGOTZ. ¿Dónde nos encontrarémos?

MORLAC. En la puerta chica del parque. Siento pasos. Él es... Bien decia yo que no tardaria en venir, retírate. Dejadnos solos.

RAGOTZ. ¿Tienes armas?

MORLAC. ¿Armas? Con él me serian inútiles. Voy viendo que no le conoces todavía.

RAGOTZ. ¿Y cómo le obligarás?

MORLAC. Ese es cargo mio. No pondria yo sobre él mi mano por cuanto hay en el mundo. Aquí viene: retírate.

(Ragotz y los bandidos se alejan por el foro. De tiempo en tiempo se los ve cruzar de un lado á otro).

ESCENA XIII.

(Jacobo muy turbado mira á todas partes y viendo que Morlac está solo, le hace una seña para que se acerque. Le toma la mano y se la estrecha).

JACOBO. ¿Qué vienes á hacer aqui?

MORLAC. Vengo á buscarte.

JACOBO. ¿A buscarme?

MORLAC. Y á arrancarte de los brazos seductores de una mujer. A romper unos vínculos que nos perderian, y á tí con nosotros.

JACOBO. ¡Quedo!

MORLAC. Tengo que responderte en el mismo tono en que me hables.

JACOBO. ¡Serias tú acaso el que ha escrito este billete? *(Se lo enseña).*

MORLAC. Si, yo he sido.

JACOBO. Y no has temido mi cólera?

MORLAC. Mira, déjate de floreos retóricos y sígueme al momento.

JACOBO. ¿Yo seguirte?

MORLAC. Es preciso.

JACOBO. Jamás.

MORLAC. Tus compañeros te necesitan.

JACOBO. ¡Mis compañeros! Ya no lo sois mios. Nada hay de comun entre vosotros y yo.

MORLAC. ¿Y por qué? Porque acertaste un dia á matar á un personage: porque te apoderaste de sus títulos y documentos de familia: porque á favor de nuestro silencio y disimulo has puesto en juego aquellos resortes y has engañado al Gobernador... por esto ¿te crees ya superior á nosotros? Los lazos del crímen te unen á los criminales: no es en este palacio ni bajo los techos dorados de cualquiera otro donde debes de concluir la carrera en que tanto te has distinguido. Una onza de plomo ardiendo, una puñalada, ó un suplicio...

JACOBO. Si prosigues (*Amenazándole*).

MORLAC. ¿Qué harás? Infeliz! Tú has olvidado las obligaciones que nos debes: tú te has querido asociar á la familia que tiene jurado nuestro esterminio; tú puedes entregarme ahora mismo á la muerte. Habla... y subiremos juntos al cadalso.

JACOBO. ¡Bárbaro!

MORLAC. Recuerdo que siempre nos has querido deslumbrar con palabras misteriosas sobre tu nacimiento, sobre las desgracias que te habian obligado á buscar un asilo en los montes y asociarte á nosotros. Te dimos el mando superior porque eres valiente. Te respetamos como á tal, pero en resúmen ¿eres mas que un?..

JACOBO. ¡Silencio!

MORLAC. Tranquilízate, hombre; (*friamente*) jamás se debe uno de avergonzar del oficio que tiene. Y, ademas, somos muchos los que ejercemos este. No hay otra diferencia, sino que algunos lo ejercen sin peligro y bien vistos; y otros, menos venturosos, tenemos que ejercerlo en los caminos públicos, esponiendo nuestra cabeza doce veces al dia y aborrecidos de todo el mundo.

JACOBO. Retírate.

MORLAC. Tu matrimonio no se verificará.

JACOBO. ¿Quién ha de impedirlo?

MORLAC. Yo.

JACOBO. Nada me hará renunciar á la mano de Camila. Recibió mis juramentos.

MORLAC. Antes habias prometido á tus compañeros una eterna fidelidad. Huye de este recinto funesto. Creeme.

JACOBO. Nunca.

MORLAC. Teme nuestra venganza.

JOCOBO. No me amedrentas.

MORLAC. Sé que eres insensible á la muerte, pero las circunstancias te la harán horrorosa.

JACOBO. ¡Por última vez te intimo silencio! (*Echando mano á la espada*).

MORLAC. Aunque me matáras, no te salvarías. Mil bocas pronunciarian tu sentencia dos minutos despues.

JACOBO. ¡Monstruos! ¿No estais satisfechos? Os lo he sacrificado todo, hasta mi honor, para...

MORLAC. ¿Honor tú? ¿Es compatible el honor con tu oficio? ¿Si la sangre que circula por tus venas fuese noble, lo ejercerias? Modera tu presuncion y no te hagas ridículo.

JACOBO. ¿Qué exiges de mí? ¿Mis riquezas?

MORLAC. No.

JACOBO. Yo os abandono cuanto me pertenece. Dejadme ser feliz al lado de mi esposa.

MORLAC. Esa esposa no existe para tí. Está decretado. Dentro de una hora te aguardamos en las peñas de la Vírgen.

JACOBO. ¡No! ¡Antes la muerte!

MORLAC. Irás, sí, iras... yo te lo digo. Aqui era donde querias vendernos: aqui se debia celebrar tu matrimonio: La hora se aproxima; todo lo sabemos. Estaremos aqui... reflexiona y tiembla... Si hablamos... Viene gente, adios. (*Se presenta el Marques. Morlac se cubre el rostro y se va. El Marques le examina, como si le sorprendiese su vista. Jacobo está abismado en la mayor consternacion*).

ESCENA XIV.

JACOBO. EL MARQUES.

JACOBO. ¡El Marques! (*Aparte*).

MARQUES. Las facciones de este hombre no me son desconocidas. Hablaba con usted, señor Jacobo?

JACOBO. Sí: es un desgraciado que imploraba mi proteccion.

MARQUES. Sé que hace usted el mejor uso de sus riquezas...

JACOBO. ¡Señor!

MARQUES. Y deseará que este dia quede señalado en la memoria de los menesterosos, con algun beneficio particular. El señor Duque me acaba de informar en compendio de cuantos pormenores eran necesarios para fijar de un modo indeleble la ventajosa idea que yo tenia formada de usted. Sé que se halla en estos dominios por resultas fatales de un duelo que le hizo abandonar su pais; y sé tambien que ha guardado largo tiempo el incógnito mas rigoroso; pero no se me oculta ya su nombre y me doy el parabien de que Camila logre un esposo no menos digno de ella por sus acciones que por su nacimiento. El señor Duque, apreciándole á usted como merece, para darle la última prueba de confianza, le confiere el mando de la espedicion que va á salir contra los invisibles.

JACOBO. ¡Contra los invisibles!

MARQUES Todos los oficiales han aprobado la deliberacion del señor Duque, y se creen ya victoriosos llevando á su cabeza un hombre tan digno de ser su gefe.

JACOBO. ¿Yo?

MARQUES. Sí, amigo mio. La nueva patria que usted adopta en su desgracia exige sacrificios; pero sacrificios muy dulces para corazones ge-

nerosos. Yo seré uno de los que combatirán á las órdenes de mi libertador; y me juzgaré muy feliz si al pagar una deuda sagrada puedo conservar vida tan preciosa.

JACOBO. ¡A qué suplicios estoy destinado! (*Aparte*).

MARQUES. Conozco bien cuan natural es la agitacion en que usted se halla; pronto desaparecerá. Todos están ya reunidos. Los senadores van á honrar con su presencia la ceremonia.

JACOBO. ¡Yo espondré á Camila!... No huyamos. (*Yéndose*).

MARQUES. Ya vienen. (*Deteniéndole*).

JACOBO. ¡Cielos!

ESCENA XV.

(*Cortejo numeroso ocupa el teatro. Hay personas de todas gerarquías. Los trages lo denotan. El Duque trae de la mano á Camila. Le preceden algunos soldados de su guardia que forman al foro. El pueblo en diferentes pelotones. Camila estará vestida de boda. Morlac y los bandidos interpolados con el pueblo. Pages y lacayos de Jacobo*).

DUQUE. El Conde Jacobo de Lyden recibe hoy de la mano de un segundo padre la esposa elejida. Yo confio á su honor la suerte de mi querida sobrina. Derramen los cielos sus bendiciones sobre vosotros; y que los votos fervorosos que les dirijo por vuestra felicidad, tengan el mas satisfactorio cumplimiento. El santuario de un Dios de paz os abre sus puertas. Su ministro os aguarda: venid á prometeros la eterna felicidad que debe de hacer las delicias de vuestra vida y el consuelo de mi afortunada vejez.

(*El acompañamiento abre paso á los novios hácia el parage donde se supone la capilla de palacio. Actitud de marcha*).

CAMILA. Juro amar á mi querido esposo hasta la muerte...

(*Jacobo despues de mirar con inquietud á todas partes, receloso de descubrir á Morlac, no viéndole empieza á decir con la mayor solemnidad levantando la mano*).

JACOBO. Juro tambien... (*Repara en Morlac que se coloca en frente y se adelanta con firmeza y desenvoltura*).

MORLAC. El señor Conde...

JACOBO. ¡Dios mio! ¡Toda mi sangre se hiela!

CAMILA. ¡Jacobo! (*Sobresaltada*).

DUQUE. ¿Qué puede detenernos?

JACOBO. ¡Malvados! ¡Ellos quieren!... No: temblad. Yo desprecio sus amenazas... Aunque hubiera de perecer... ven Camila, ven; al pie de los altares recibirás mi juramento, apesar... (*Toma la mano de Camila queriendo llevarla consigo. Todos los bandidos que están diseminados en la escena, lo mismo que los demas que aparecerán en todos los actos, llevan en su vestuario algunas prendas uniformes, una de ellas, á eleccion de quien dirija, mas reparable que las otras. Esta prenda puede ser una faja etc. Morlac que se ha adelantado un poco hácia Jacobo, le señala aquella parte de su vestido que distingue á los ladrones para reconocerse entre sí. Los demas bandidos ejecutan lo mismo que Morlac, de manera que Jacobo se encuentra con los bandidos en todas direcciones. Se adelanta con Camila por dos ó tres parajes y retrocede viéndose cercado de los facinerosos. Por último, la rechaza y se adelanta al proscenio. Todos le siguen. Cuadro de sorpresa*).

JACOBO. ¡Está hecho! ¡Oh!

DUQUE. ¡Qué delirio!

JACOBO. ¡Dejadme, dejadme!

CAMILA. ¡Esposo mio!

JACOBO. ¿Yo tu esposo? No: yo no soy tu esposo. Vosotros lo sabeis que no soy su esposo (*Volviéndose al pueblo*). Un poder horrible, un poder que detesto me fuerza á abandonarte... á huir de ti para siempre.

CAMILA. ¡Dios mio!

DUQUE. ¡Miserable!

(El Duque tira de la espada y va á arrojarse sobre Jacobo. El Marques se interpone. Muchos personages siguen la idea del Marques. Camila se desmaya en brazos de algunas damas del acompañamiento. Jacobo toma la derecha del teatro, vuelta la espalda al cuadro general, y en actitud de desesperacion. El verdadero pueblo atiende al accidente de Camila. Los soldados de la guardia del Gobernador se unen al grupo de este, á una señal que para ello les hace. Morlac y los suyos deslizándose sin pérdida de momento hácia el lado donde está Jacobo, le rodean. El los mira, se horroriza y al fin sale de la escena con precipitacion. Morlac hace señas para que algunos ladrones vayan siguiendo á Jacobo, y otros se queden en la escená, indicándoles con miradas de inteligencia que no conviene abandonar repentinamente el puesto, y todos se unen al cuadro general de sorpresa y dolor).

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El Teatro representa el interior de una hospedería de Templarios arruinada por varias partes. Dos galerias á izquierda y derecha, que puede suponerse haber sido cláustros, conducen á varias habitaciones que los ladrones han habilitado para su uso. Al frente una arcada gótica: su altura es dos tercios de la del Teatro hasta las bambalinas. Esta arcada está sostenida por tres columnas del mismo órden; una de ellas es hueca. Hay un sillar que se mueve hácia fuera por medio de un resorte. Poco detras de la piedra que se mueve hay una reja cerrada que conduce á un depósito de armas y á una pequeña escalera practicada en las peñas. Sobre los arcos, y siempre al frente, ventanas medio arruinadas. Al traves de estas mismas ventanas se ven las rocas de la Vírgen. A la izquierda

en segundo bastidor la boca de una pequeña bóveda que sirve de almacen de pólvora. En sitio conveniente, otra entrada con puerta y grueso cerrojo, practicables éste y aquella por la parte de afuera.

ESCENA I.

CUCUFATE *solo.*

(*Se ocupa en poner algunos talegos de dinero en un boqueron abierto en el suelo. Segun los mete allí, va haciendo apuntacion en un libro de caja*).

CUCUF. Dos mil y quinientos escudos: mas, mil doscientos cincuenta que han entrado esta mañana: mas, diez mil setecientos de anoche. Es decir, que componen en todo la cantidad de catorce mil y quinientos para la entrada de hoy. Bueno: catorce mil y quinientos, sí... eso es. Hasta para hacer daño se necesita plan y órden. ¡Ah! ¡Fortuna caprichosa! Combinaciones singulares me han obligado á alistarme en este invisible regimiento; pero el señor Cucufate, siempre honrado y pundonoroso, ha sabido hacer respetar su carácter y guardar la posicion ventajosa que debe de tener un ladron por principios, respecto de los que no los conocen. Á mayor abundamiento: nunca he querido entrar en servicio activo, y he sabido ceñirme á solo la parte administrativa, que no siendo la mas arriesgada es siempre la mas sustanciosa. Todo esto, traducido á un lenguaje inteligible, significa que yo no soy un pícaro redomado, puesto que me he colocado desde luego en la categoría de cajero, proveedor, factor, etc. Con que, vamos á ver... Catorce talegas de á mil para el fondo

comun... y la media talega del pico la escamotaremos á beneficio de la caja, que es menor de edad. (*Lleva esta última cantidad á otro agujero que habrá en otro sitio*). Este es el rinconcito reservado para mí. ¿Eh? ¿Quién anda ahí? ¡Estos malditos compañeros mios! ¿Eh? Mire usted qué gracia! Estarle á uno escuchando cuando se le antoja hacer un soliloquio! (*Pausa*). Pues no hay nadie. ¡Maldito miedo! Ni aun entre ladrones puede estar seguro otro ladron. Cerremos, por si van mal dadas. Siempre es bueno, (*cierra*) desconfiar de estos bribones. Tanto se les daria robarme á mí, como si robasen á un hombre de bien.

ESCENA II.

CUCUFATE. RAGOTZ.

RAGOTZ ¡Ah! ¿Eres tú, Cucufate?

CUCUF. Si, señor, yo soy. Estaba haciendo un arqueo en nuestra tesorería.

RAGOTZ. La entradita de anoche no habrá venido mal.

CUCUF. Perfectamente. ¿Fuiste tú el que tomó el empréstito forzoso de donde ha provenido? Apropósito; antes que se me olvide. De unos dias á esta parte, me mortifican mucho los remordimientos.

RAGOTZ. ¡Bribon!

CUCUF. Naturalmente pienso yo con un poco de escrupulosidad, y...

RAGOTZ. Estaba por darte un trabucazo.

CUCUF. Ya me ha dado usted dos, señor temeron, con no dejarme hablar. Digo que tengo mis escrúpulos de que ese almacen de pólvora, que por una diabólica inspiracion han colocado á un lado de la caja, nos ha de dar un mal dia, haciéndome volar con libros y

dinero. Y no me causaria sorpresa, si esto sucediese no estando yo, que faltasen algunas taleguillas, por que... con ingenuidad... somos muy malos y á rio revuelto... ¿me entiendes?

RAGOTZ. ¡Cabiloso!

CUCUF. En fin, yo por mi parte tengo mis cuentas arregladas. Con que... felices tardes.

RAGOTZ. ¿A dónde bueno? Cabalmente vamos á celebrar el consejo que Morlac tiene convocado.

CUCUF. Asi será; pero yo tengo que atender á cierto negocio puramente personal. Se trata de mis propios intereses. Voy á hacer una cobranza.

RAGOTZ. ¿Una cobranza? No entiendo.

CUCUF. Cuando á uno le deben, hay que ir á cobrar, si el deudor no es tan comedido que venga á traer el dinero á casa. Tú sabes muy bien que independientemente de mi empleo de cajero en esta respetable compañía, soy conocido en la ciudad por un capitalista honrado, que socorre, á moderado interés, las urgencias del prógimo. Esta mañana, estando dentro de la poblacion, se me ha presentado un pobre demonio solicitando quinientos florines á cuarenta por ciento. Esto es bastante razonable; y desde luego en cuanto al interes nada hay que decir.

RAGOTZ. ¿Y bien?

CUCUF. Me hacia una escritura pública ó privada, segun me conviniese; pero yo queria ciertas garantias. En tal estado se le ocurrió presentarme la mas satisfactoria. Díjome que le urgia el préstamo, porque esta misma tarde tenian que llevar el dinero á esa casa de campo qne está media legua de aqui. Al momento que me impuse de que mis florines debian de visitar aunque de paso nuestra jurisdiccion, me resolví á presentárselos. Ya ves tú cuan fácil es cobrar; pues eso es lo que voy á hacer ahora.

RAGOTZ. Entiendo.

CUCUF. No quiero perder la ocasion. Situaré mi campo detrás de las rocas de la Vírgen, y...

RAGOTZ. No te aconsejo que vayas allá, y mucho ménos solo.

CUCUF. ¡Pues qué?.. Pero ya conozco lo que quieres decirme. Deseas tener un interesillo en mis fondos, ¿eh?

RAGOTZ. Yo no trato de que me cuelguen por esa miseria. Escúchame: las tropas disponibles que habia en la ciudad nos tienen cercados.

CUCUF. ¡Y preste usted dinero sin contar con estas vicisitudes! Por vida de San Cucufate, que si vuelvo á dejarme engañar... ¿quién te ha dado esa noticia?

RAGOTZ. Morlac mismo que está ya preparando todos los medios de defensa. Felizmente ha caido en nuestro poder la mejor prenda de nuestra salvacion.

CUCUF. ¡Qué prenda? ¿Esa muchacha que habeis traido á la madriguera?

RAGOTZ. Es la sobrina del Duque, Gobernador de la ciudad.

CUCUF. ¡Cómo! ¿La sobrina del Gobernador?

RAGOT. La misma. Yo ignoro cuál habrá sido el designio de Morlac en robarla. Tal vez puede que previese la tempestad que nos amenazaba; lo cierto es que Morlac asegura que solo este atrevido golpe nos puede volver nuestro antiguo capitan.

CUCUF. ¿Quién?

RAGOTZ. German.

CUCUF. ¡El terrible German! Ese ladron...

RAGOTZ. ¿Cómo?

CUCUF. Ese prototipo de los que se encuentran lo que nadie ha perdido: ese valiente de quien os oigo hablar con tanto respeto y veneracion... Todos están de acuerdo en que es gran sugeto, de arrojo sin ejemplar, de intrepidez incomparable. Siento no haberle conocido. Cuando me alisté faltaba él ya de la compañía. Yo no soy muy valiente, y, la verdad, necesito unas cuantas leccioncillas para desarrollarme, y que los maestros del oficio

me saquen de aprendiz. A otra cosa. Quieres ser de mi espedicion? Si, ó no.

RAGOTZ. No.

CUCUF. Mira, tomando el subterráneo pequeño, no tenemos que andar cien pasos. Te doy la cuarta parte de mi cobranza.

RAGOTZ. No.

CUCUF. Vamos... Te doy la tercera: me parece que si no eres absolutamente un judio...

RAGOTZ. No. La mitad ó nada.

CUCUF. ¡Qué demonio! Ya se ve... un terco semejante... Encontraremos (*aparte*) otro compañero ménos valiente pero mas barato... otro... como yo, que es lo que necesito.—Una vez (*á él*) que no te conformas, voy antes que sea mas tarde á ver si puedo librar del ataque los quinientos florines.

ESCENA III.

MORLAC. RAGOTZ. BANDIDOS.

MORLAC. Amigos, el dia de hoy va á decidir de nuestra suerte. Todas las fuerzas del enemigo nos bloquean. El Marques de Vivaldi viene á la cabeza de las tropas. Ya nos ha perseguido mas de una vez. ¡Ay de él, si cae entre mis manos!

RAGOTZ. No: yo soy el que debe de sacrificarle.

MORLAC. Tranquilízate. Le tengo reservado para mí; mas la primera consideracion que ahora debe de ocuparnos es la del riesgo que tan de cerca nos amenaza. Tenemos que abandonar esta provincia, ó triunfar de nuestros enemigos; y ninguno de los dos estremos me parece fácil sin la presencia de German.

TODOS. ¡German!

MORLAC. Yo prometí volvéroslo. En efecto le he buscado, le he hallado, le he suplicado... pero en vano. Se ha hecho sordo á mis ruegos,

ha despreciado mis amenazas. ¡Se iba á casar! Este odioso enlace, uniéndole á nuestros enemigos, nos le robaba para siempre. Ragotz y algunos otros valientes me acompañaban: le sorprendimos en el acto decisivo: estorbamos que se casase, y lo sacamos del palacio del Duque. Los compañeros que salieron trás él no pudieron reducirle á que los siguiese por entonces; sin embargo, aseguró que en breve compareceria en estos lugares. Yo aprovechando la oscuridad de la noche, me determiné á dar un golpe importante. La sobrina del Gobernador es la jóven á quien adora German. Este habia abandonado el campo. El apoderarnos de aquella nos podia dar mucho ascendiente sobre nuestro ingrato caudillo y asegurarnos de toda traicion, si llegaba á su noticia que Camila estaba en nuestro poder. La robamos, pues, y hemos procurado que él lo sepa sin pérdida de momento. Tiemble ahora si intenta sacrificarnos con una cobarde alevosía!

RAGOTZ. Y bien, Morlac ¿dónde se halla la prisionera?

MORLAC. A lo último de esa galería que habitaba German. Es el sitio mas seguro de todas estas ruinas. Ignora los motivos de su desgracia; y el espanto y fatiga han hecho en ella tal impresion, que al llegar aqui le ha sobrecojido un profundo letargo. ¡Qué diblo! Tanto mejor. Al cabo no es uno de bronce, y mientras permanezca asi, nos libraremos de sus gemidos y lamentaciones ¡Cuántos peligros hemos tenido que arrostrar! La toma del jardin fué fácil: á las doce de la noche se salta sin miedo un muro de poca elevacion; pero lo mas difícil era entrar en el pequeño pabellon donde estaba ya recogida. Una sola ventana no muy alta fue tomada por dos de nuestros valientes á quienes no abandoné yo nunca. Una linterna nos daba la necesaria luz, y nuestros tres brillantes puñales se alzaron á un tiempo sobre Camila y dos

criadas que estaban recogidas con ella, y que fueron víctimas sacrificadas á la garantia del silencio. Camila cayó en un deliquio mortal: esto habiamos menester. Era imposible saltar con ella el muro para retirarnos; pero á veces todo se ordena bien sin saber cómo. Otros dos compañeros, que habiamos dejado apostados cerca de la casa del guarda, por si algun incidente le alarmaba y hacia salir, vinieron á buscarnos y decirnos que dispertado por su perro, se habia levantado y pretendido hacer resistencia; pero que una puñalada bien dirigida nos libraba ya de este estorbo y nos franqueaba la puerta. Pasamos el resto de la noche en casa de uno de nuestros cofrades y por la mañana salimos de la ciudad al amanecer. Solo me resta añadir que es forzoso respetarla, por ser prenda de nuestro gefe, pues no hemos perdido la esperanza de que este vuelva á entrar en la senda de su deber.

CUCUF. (*Dentro*). ¡Socorro! ¡Socorro!

MORLAC. ¿Seriamos sorprendidos?

ESCENA IV.

Dichos. CUCUFATE.

CUCUF. ¡Socorro, por amor de Dios!

MORLAC. ¿Qué es eso?

CUCUF. Estamos perdidos: lo que se llama perdidos.

MORLAC. ¿Qué dices?

CUCUF. Se acabó ya la buena fé; ya no hay personas de quien poderse fiar.

MORLAC. ¿Te esplicarás?

CUCUF. Apenas te dejé, mi querido Ragotz, cuando se me presenta el hombre consabido. Le hago el corto cumplimiento que tengo de costumbre, con todas las atenciones del caso. Luego os diré lo que era (*á los demas bandidos*). Pues señor, mi hombre no se hizo mu-

cho de rogar; y ya me habia restituido los quinientos florines.

MORLAC. Abrevia.

CUCUF. Pues ya se ve que abreviaré ¡Ah! Se me olvidaba. Yo me entretuve un poco, no por desconfianza, á mirar si la cuenta se hallaba cabal, cuando un fantasmon del demonio en el cual fantasmon no habia yo reparado, y que sin duda estuvo presenciando todos los pormenores de la cobranza... se acerca, y con una aspereza muy original me sacude... no se si un puñetazo ó una patada, porque estaba yo entonces un poco distraido. Me derribó en tierra: me arrancó el bolsillo; lo devolvió al pasagero y le dijo que se marchase. ¡Picaron semejante!

RAGOTZ. Debias de habernos llamado con tiempo.

CUCUF. ¡Dios de los hombres de bien! Yo gritaba ladrones, ladrones, á no poder mas; pero nadie me ha contestado. ¡Es una infamia! ¡Verse uno robado á dos pasos de su casa!... Si esto va asi, habremos de mudar de oficio, porque aumenta terriblemente el número de los oficiales.

MORLAC. Y en resúmen, ¿cómo te escapaste de las manos de ese desconocido?

CUCUF. Con unas fuertes anginas porque me agarrotó la garganta de tal manera que... pero esto no es nada, comparado con lo que tengo que deciros.

TODOS. Dí.

CUCUF. Dos de nuestros espias, á quienes he encontrado al volver me han asegurado que nuestra madriguera ha sido descubierta.

MORLAC. ¿Es posible?

CUCUF. Algunos corresponsales de la ciudad, de lo mejorcito que tenemos en nuestras relaciones, han dicho que estábamos vendidos... que nos habian delatado en consejo pleno... que el Gobernador tenia ya en su poder un plan topográfico, y que... de todo lo cual yo he venido á sacar en consecuencia, bien sencilla á la verdad, que necesariamente debe

de haber entre nosotros algunos pícaros.

RAGOTZ. ¡Estamos vendidos!

MORLAC. German... si... si... German es el único que puede haber revelado nuestros secretos.

RAGOTZ. ¿German?

MORLAC. ¡Esa maldita boda! Ese amor fatal que hace meses le tiene distraido!

TODOS. ¡Venganza!

CUCUF. ¡Si señor, venganza! Y vénguense ustedes tambien por mí de paso, que yo tengo que arreglar entre tanto nuestros negocios económicos y administrativos. (*Vase*).

MORLAC. Solo su muerte puede ser digna expiacion para tan cobarde perfidia. Aquel que nos guió tantas veces por la senda de la victoria... aquel á quien habiamos dado un poder sin límites... aquel, en fin, cuya suerte y la nuestra debian decidir una de otra recíprocamente, nos ha hecho traicion. ¡Sabrá en breve si sus compañeros se dejan sorprender!... Pero... escuchadme... un suplicio mil veces mas cruel que la muerte misma puede anticipadamente vengarnos. La muger que ha tenido la desgracia de ser objeto de sus adoraciones se ha salvado ya una vez del puñal que vibraba sobre su cabeza. German confia en las fuerzas del Gobernador para arrebatarnos un tesoro en que está cifrada nuestra ventura. ¡Que tiemble el Duque y su malvado confidente! Luego que nos veamos estrechados por el enemigo, hagámosle entender que Camila será nuestra primera víctima, si persiste aquel en sus intentos. Yo os respondo de que en semejante alternativa lograremos al menos el tiempo necesario para salvar nuestras personas y nuestras riquezas. Si esta intimacion no desarma á los contrarios, yo heriré sin piedad aquel pérfido seno donde se albergó tan fatal pasion, y no se derramará nuestra sangre sin que la de nuestros perseguidores lo haya sido primero.

TODOS. Si; ¡muera Camila!

ESCENA V.

Dichos y Jacobo *cubierto el rostro. Los bandidos han dado un paso para dejar la escena. Al mismo tiempo se presenta Jacobo y toma el centro. Todos quedan inmóviles luego que oyen su voz.*

Jacobo. ¡Deteneos! (*Con acento terrible*).

Todos. ¡Cielos! ¡German!

Morlac. ¿Eres tú?

Jacobo. Temblad, si llega á caer sobre vosotros la indignacion de German. (*Descubriéndose*).

Todos. Tuyos somos. (*A sus pies*).

Jacobo. Levantaos. Yo os creia mas valientes.

Morlac. Nos habian engañado. ¡Ah German! Tú eres nuestro amparo y defensa. No nos abandones. Estás entre los tuyos. Recobra la plenitud de tus derechos.

Jacobo. ¡Mis derechos! ¡Jamas!

Morlac. Nosotros te lo suplicamos. Tu brazo solo es el que puede sacarnos del abismo de la desgracia. Acuérdate de tus promesas. No seas ingrato al cariño y respeto con que siempre te hemos mirado. Sal con nosotros de este pais que tenemos aterrado y en el cual está jurada ya nuestra ruina; y vuelve despues en buen hora á gozar tranquilo de una felicidad que crees hallar lejos de nuestra compañia. Pero abandonarnos en el momento crítico... entregarnos en manos de los que se han armado contra nosotros! Un amor funesto ha estraviado la razon de nuestro capitan. Lo conocemos y lo lloramos; pero este sentimiento deja siempre lugar á lisonjeras esperanzas.

Jacobo. Cesa de recordarme los odiosos vínculos que nos unen. Mis primeros pasos se dieron en la carrera del honor, y todos los demas en la de los delitos. Yo fui á vuestro lado el terror de estas comarcas... estaba ya casi reconciliado conmigo mismo, merced al amor

que me inspiró una muger adorable... Si por un instante he vuelto á tomar el nombre de German, ha sido para defenderla, para arrancarla de estos sitios y castigar vuestra audacia.

MORLAC. Camila te será devuelta. Salva á tus compañeros; sálvalos y no pondrán mas obstáculos á tu amor.

JACOBO. ¡Yo habia de comprar mi fortuna con nuevos atentados! Yo merecer á Camila por medio de los crímenes! ¡Jamás!

MORLAC. Compañeros, tended á vuestro capitan la mano de amigos (*con voz de trueno*). German, tienes nuestra suerte en las tuyas. Nuestros aceros son en tu apoyo y defensa; pero reflexiona que no ignoramos cual debe de ser el castigo de los traidores, y que sabremos ponerlo por obra. (*Todos tienen las manos tendidas hácia Jacobo*).

JACOBO. Herid, bárbaros; traspasad sin piedad mi corazon. Libradme de una vida odiosa cuyo peso no puedo ya soportar, herid... ¿qué os detiene? Justo es que manos como las vuestras derramen una sangre tan criminal como la mia.

MORLAC. ¿Eres insensible? nosotros seremos implacables. Camila sabrá quien era el esposo que habia elegido. Le será revelado el fatal misterio. Conocerá tus delitos. Sabrá que German y Jacobo son una misma cosa... y horrorizada al comprender que tuviste la osadia de ofrecerle una mano bañada en la sangre del inocente, dejará de existir tan pronto como le sea hecha esta revelacion. Cuando un resto de aquella pasion infausta que has sabido inspirarla pudiese conservar su vida, será sacrificada mas tarde. Yo mismo seré tu acusador, y el que la inmolará despues á la justa venganza de mis valientes compañeros.

JACOBO. ¡No, por piedad! Su estimacion, aunque usurpada, es el único bien que me resta. Tente, yo te lo ruego. El dia en que mis secretos le

sean revelados será el último de mi existencia desgraciada.

MORLAC. No: eres muy digno de su odio y su desprecio: en breve serás despreciado y aborrecido. (*Dando un paso hácia donde está Camila*).

JACOBO. ¡Morlac!

MORLAC. ¡Te espanta la idea del porvenir que te preparamos! Jura quedarte con nosotros.

JACOBO. ¡Quedarme!

MORLAC. Es preciso.

JACOBO. ¡Ah! No puedo.

MORLAC. Seguidme. (*A los bandidos*).

JACOBO. Esperad... Si... Yo participaré de vuestra suerte, y... os salvaré... ó moriré... á vuestro lado... ¡Os lo juro por la vida de mi esposa!

MORLAC. Ahora te reconozco. ¡Compañeros, viva nuestro capitan!

TODOS. ¡Viva!

MORLAC. Permítenos que exijamos como garantia de tu fidelidad la permanencia de Camila en este retiro. En tales momentos... ¡Discúlpanos! Somos tambien muy desgraciados.

JACOBO. Recibisteis mi promesa... estad tranquilos; sabré cumplirla.

ESCENA VI.

Dichos. CUCUFATE.

CUCUF. ¿Mi teniente? ¿Mi teniente? (*Viendo á Jacobo*) ¡Dios mio! ¡Si! El es. A ver muchachos, prended á ese hombre.

RAGOTZ. ¿A quién?

CUCUF. Al del puñetazo. Prended á ese pícaro.

RAGOTZ. ¡Miserable! Es el capitan.

CUCUF. ¡El capitan! ¡Ya...! ¡Pues! ¡El señor capitan! No lo habia distinguido bien. Venia á deciros...

MORLAC. Habla al capitan.

CUCUF. Permitidme..... Señor Capitan... nuestras primeras relaciones han sido poco... digo... un poco satisfactorias...

MORLAC. Vamos, despacha, y no gastes ahora circunloquios.

CUCUF. Bien está, señor, bien. Este diablo de hombre tiene una facha que no me gusta del todo. (*Aparte*).

JACOBO. ¿Eres tú el que estaba poco ha en las rocas de la Vírgen?

CUCUF. Si, señor... alli en... pues... alli... donde hemos tenido aquella corta conferencia. No: no lo digo yo... Cabalmente un maldito moscon me andaba picando en la megilla, y á no ser por el abanicazo con que usted me lo espantó, á estas horas me hubiera dejado ya sin gota de sangre en toda esta region de mi humanidad. ¡Ah! Usted me ha echado, sin embargo, á perder una especulacion hermosa; pero tal vez se volverá á presentar.

JACOBO. Guárdate de intentarla, y acuérdate que al menor olvido en el cumplimiento de mis órdenes, te se hará saltar la tapa de los sesos.

CUCUF. ¡Muchas gracias! Pero señor, ¿qué es esto? Sin duda mi capitan cree que soy un pícaro por mi gusto.

RAGOTZ. ¡Calla!

CUCUF. Yo callaré; pero es muy contrario al derecho civil que uno haya de quedarse sin cobrar el dinero que presta.

JACOBO. Yo he prometido salvaros de las asechanzas de los habitantes de este pais, conjurados para vuestro exterminio; mas os prevengo, que no debeis aumentar con nuevos robos y asesinatos el número de vuestros enemigos. Habeis amontonado mas oro del que podeis llevaros, ¿qué os falta pues?

CUCUF. En cuanto á eso me permitirá el señor capitan...

JACOBO. ¡Silencio! Al recobrar mi mando quiero ejercer mi poder sin restricciones. Os he dado á conocer mi voluntad justa ó injusta; debeis conformaros con ella sin murmurar

ni hacerme observaciones, y el primero que tenga la osadía...

MORLAC. Eso es muy justo. Y una vez que (*levantando el puñal*) se ha atrevido á replicarte, si quieres...

JACOBO. No; es inútil.

MORLAC. Pues cuando quieras... (*Soltando á Cucufate*).

CUCUF. Asi me gusta. Lo que se difiere no está perdido.

RAGOTZ. ¿Y sabrémos, por último, qué venias á decirnos?

CUCUF. Se cruzan tantos acontecimientos... que...

JACOBO. Prosigue.

CUCUF. Pues, con permiso del señor capitan, diré que las avanzadas enemigas se han aproximado á nuestras murallas, y segun parece se trata de un bloqueo. Aseguran que el Marques de Vivaldi y algunos de sus soldados son dueños de varios de nuestros atrincheramientos.

JACOBO. ¡El Marques de Vivaldi!

MORLAC. Tanto mejor. La retirada le será imposible.

CUCUF. Eso mismo he pensado yo, y confirma esta opinion el movimiento que se advierte en sus tropas, las cuales aparentan dar principio al ataque por el lado de la torrecilla, sin duda para libertar á su gefe.

MORLAC. Corramos, pues.

JACOBO. ¿Cuántos son?

CUCUF. Precisamente no me he detenido á contarlos, pero... por encima... á ojo de buen cubero, como suele decirse... por un cálculo de aproximacion.. me parece que... como dos tercios de mosqueteros.

MORLAC. ¡Cuatrocientos hombres!

CUCUF. Y unos cien esbirros armados.

JACOBO. ¿Cuántos somos nosotros?

MORLAC. Sesenta hombres.

CUCUF. Cincuenta y nueve para el caso, porque yo soy corto de vista y no peleo de media tarde abajo.

JACOBO. ¿Sesenta entre todos?

MORLAC. Si.

JACOBO. ¡Sesenta contra quinientos!

CUCUF. No es muy buen partido, que digamos. Si se tratase de mugeres, á lo menos... pero hay mucha diferencia de una muger aunque fuese una amazona á un mosquetero.

JACOBO. ¡Combate desigual! Somos muy pocos, y Dios ayuda á nuestros enemigos.

CUCUF. Verdad es que no podemos contar nosotros con ese aliado.

MORLAC. Tú estás á nuestra cabeza. Mientras nos mande German no dudamos de la victoria. La desesperacion nos dará mayores fuerzas. (*Los bandidos se reunen al foro*).

JACOBO. ¡Mas sangre todavia! ¿Y Camila? ¡Cómo salvarla! No puedo comparecer en su presencia sin descubrir mi infamia.

MORLAC. Estamos preparados.

JACOBO. El ataque no empezará hasta (*distraido*) dentro de una hora lo menos. Yo mismo voy á observar los movimientos del enemigo. Morlac, distribuye las avanzadas y ven á reunirte conmigo en la primera torrecilla.

MORLAC. Basta.

JACOBO. Esta tarde nos pierde ó nos salva. Yo me hallaré en todas partes. ¡Infeliz del que falte á su deber!

CUCUF. Por mi parte, señor...

JACOBO. No hayas miedo. Ya te he perdonado, y quiero probarte la estimacion que te profeso como compañeros.

CUCUF. Por esta vez no soy de los de la batida. (*Aparte*).

JACOBO. Morlac, le darás...

CUCUF. Enhorabuena. El dar (*alarga la mano*) es la mejor manera de probar á uno cuanto se le quiere.

JACOBO. Le darás... la avanzada mas peligrosa, para que se distinga.

CUCUF. ¡Malo!

MORLAC. Está entendido.

JACOBO. Otra órden, Morlac, y será la última.

MORLAC. Manda.

JACOBO. Sabes mi modo de pensar. Puedo caer en

manos del enemigo... si mi brazo se hallase desarmado... entónces... ántes de que mis facciones sean reconocidas... entiendes?

MORLAC. Entiendo. Yo te libraré (*puñal en mano*) del cadalso, y del oprobio á los ojos de Camila. Cuenta con mi brazo y con mi corazon... Nadie sino Morlac te haria este relevante servicio.

CUCUF. ¡Vaya un par de amigos! ¡Vaya un servicio agradable! Gracias á mi fortuna que no me tiene bastante relacionado con él para que me los haga del mismo género.

JACOBO. Adios. ¡Te espero!

MORLAC. Adios y descuida.

TODOS. ¡Viva nuestro capitan! (*Jacobo se vá*).

ESCENA VII.

MORLAC. CUCUFATE. BANDIDOS.

CUCUF. Estas ceremonias son un poco monotonas.

MORLAC. Seguidme, compañeros.

CUCUF. Como pueda escurrir el bulto... La caja me está dando unos gritos tan fuertes... (*Aparte*).

MORLAC. ¿Cucufate?

CUCUF. ¿Mi teniente?

MORLAC. ¿Sabes lo que ha dicho el capitan?

CUCUF. No me acuerdo ya de una palabra. Soy naturalmente un poco flaco de memoria.

MORLAC. El puesto que te confia...

CUCUF. ¡Qué diantre de puesto! Créame usted, señor teniente. El mundo está perdido por meterse los unos en las atribuciones de los otros. Si yo tengo un empleo puramente civil...

MORLAC. En momentos de crísis es preciso que todos contribuyan personalmente.

CUCUF. ¡Es preciso!... ¡Ya! Si se mezcla un *yo lo mando*, entonces... ya no tenemos caso.

MORLAC. Esta parte de nuestra habitacion es la me-

jor fortificada. Detras de esa columna hay una salida que solo conocemos nosotros. Te quedarás aquí... Si el enemigo avanza hasta este sitio, harás volar el almacen de las municiones para protejer nuestra retirada.

CUCUF. ¿Y volaré yo tambien, no es esto?

MORLAC. Si.

CUCUF. Pues le digo á usted que no me da la gana.

MORLAC. ¡Silencio!

CUCUF. ¡Hacerme volar!

MORLAC. ¡Silencio, repito! Á las órdenes del capitan no hay réplica. Si faltas á la consigna... ya sabes cual será tu suerte. Vamos, compañeros.

ESCENA VIII.

CUCUFATE *solo.*

CUCUF. ¡Bravísimo! ¡Bravo! Tres veces bravo! Si uno replica le matan, y si no tambien. ¡Ah! Segun el aspecto que vá presentando este negocio, el oficio de ladron es un oficio de satanás. Y despues... esa franqueza en mandar... ese desahogo para decir... prenda usted fuego al almacen y vaya usted á preguntar á la luna si está buena!... No parece sino que esto es una friolera que se hace asi... jugando. Por otro lado... el darse uno tan malos ratos para ser ladron, bien mirado, es un desatino. No le costaría á uno mas trabajo el ser hombre de bien. Hay momentos, así como suena, que me hallo tentado de tomar esta última carrera, aunque no sea mas que por especulacion. — ¿Eh? ¿Quién vá? — Hacia aquella parte... ¿Si tendrá el enemigo inteligencias con la plaza? Cucufate, á tu puesto, que no te faltará ocasion para distinguirte y cumplir la consigna. En la milicia son muy útiles la cautela y la ob-

servacion. Vamos lo primerito, á observar y despues... Me escondo y alargo entrambas orejas.

(*Cucufate abre la columna, se oculta y cierra. Camila sale muy agitada*).

ESCENA IX.

CAMILA *sola.*

CAMILA. ¿Dónde estoy, gran Dios? ¿Es un sueño? ¡No! He oido el odioso nombre del malvado German. ¡German! ¡Dios mio! Este debe de ser el mónstruo en cuyas cadenas gimo esclavizada! ¡Ah! Por piedad, (*de rodillas*) dignáos, Señor, poner fin á tantos desastres; que no sea esta infelice criatura víctima de la crueldad de los asesinos... ¡Dios poderoso! Volvedme el esposo que lloro perdido, y á su lado despreciaré el peligro y la muerte.

VOZ DENT. ¿Camila? (*Se oye la voz á la derecha por entre las grietas del muro*).

CAMILA. ¿Qué escucho?

VOZ. Huye lejos de aquí. Jacobo vela por tu seguridad. (*Cae á los pies de Camila una llave atada á un pedazo de papel*).

CAMILA. ¡Jacobo! ¡Oh prodigio! (*Cojiendo el papel*). ¡Jacobo! ¡Cielos! ¿Se hallará tambien en estos sitios?... ¡Tal vez gemirá como yo en poder de los facinerosos! Y cuando yo le acusaba... Veamos lo que contiene este papel. (*Cucufate se asoma*).

CUCUF. He aquí una empresa digna de mí. Apoderémonos de la correspondencia y denunciaremos los traidores. Esto será lo mejor... (*Viendo salir al Marques*). ¡Aquí hay emboscada! Observemos (*Se oculta*).

ESCENA X.

CAMILA. EL MARQUES, *con la espada desnuda.*

CAMILA. El es... ¡Jacobo! ¡Jacobo! (*Equivocada*).

MARQUES. ¿Señorita? (*Reconociéndola*).

CAMILA. ¡Marqués! ¡Oh fortuna!

MARQUES. Hablemos bajo, por Dios, ó somos perdidos. Dos horas hace recorro estos oscuros lugares. La Providencia es quien sin duda ha guiado mis pasos en tan confuso laberinto. Los pocos soldados que me acompañaban sucumbieron al arrojo de los bandidos. El resto de nuestras tropas los ataca en este momento con el mayor entusiasmo por la parte del Norte, y á favor de esta repentina carga he podido deslizarme por sendas ignoradas hasta el sitio en que tengo la fortuna de hallar á mi querida Camila. Si yo pudiese descubrir una salida. Si fuese posible que nuestros valientes penetrasen hasta aqui... cortaríamos completamente la retirada al infame German. Pero... recuerdo que á mi llegada pronunciaba usted el nombre de Jacobo.

CAMILA. ¡Infeliz! Está aqui tambien.

MARQUES. ¡Aquí!

CAMILA. No puedo dudarlo. Este papel que me indica los medios de salir del albergue de los criminales ..

MARQUES. A ver...

CAMILA. Jacobo me le ha dirigido.

MARQUES. «Camila, huye. Jacobo está tal vez tocando »su último instante.»

CAMILA. ¡Gran Dios!

MARQUES. «En el centro del claustro largo... en la ter«cera columna... hay una reja cuya llave te «envio. Está oculta con un sillar que se mue«ve fácilmente. Detrás de la reja hay una «escalera... que conduce hasta la pequeña

«capilla de la Vírgen.» ¡Qué felicidad! ¡La capilla de La Vírgen! Alli están de observacion algunos mosqueteros. ¡Ah! No se creen tan inmediatos al enemigo. «Huye de aqui, «repito. Adios: no tienes mas que momen- «tos. Concede una lágrima de compasion al «desgraciado Jacobo.»

CAMILA. ¡Infeliz!

MARQUES Le salvaremos, sí... yo lo aseguro. El mismo nos proporciona los medios. Le arrancaremos de entre las garras del infame German. Venga usted conmigo. Corramos á reunirnos á los nuestros. Una vez introducidos en estos parages, respondo del completo esterminio de los malhechores. ¡Ni uno solo escapará de nuestro furor!

CAMILA. Sí... Démonos prisa... La tercera columna... ¡Cielos! Dispensadnos vuestro favor en tan terrible lance. (*Reconocen con precaucion la escena*). Esta es la columna... (*Empujando el sillon se encuentran con Cucufate*). ¡Dios mio!

CUCUF. No hay que tener miedo, madama.

MARQUES Miserable. Si profieres una palabra, eres muerto.

CUCUF. Aguarde usted un poquito, caballero, y no me confunda por el amor de Dios con esos infames ladrones. Yo soy de los vuestros, pienso lo mismo que piensan los hombres de bien, y si fuera necesario... No tiene usted mas que hablar, y aqui hay un hombre.

MARQUES. ¿Con qué objeto has penetrado en estos lugares?

CUCUF. Soy ermitaño. Ya sabrá usted... no; no crea usted ver en mi un invisible. ¡Ojalá lo fuera por esta vez! Con todo si la fuerza de las circunstancias... la violencia de la... con... la mucha fama que usted tiene por aqui... reunido todo á .. ¿Me quiere usted hacer el favor de envaynar?

MARQUES. ¿Nos has oido?

CUCUF. Soy sordo. Con todo, hay momentos en que tiene uno mas espeditas las potencias corporales y los sentidos del alma... como

por ejemplo... ahora. No estaba escuchando por cierto, pero he percibido claramente algunas de las palabras de usted. Vervi gracia; esa reflexion luminosa y elocuente. «Ni uno solo se escapará.»

MARQUES. Vendrás con nosotros.

CUCUF. Por supuesto. Y les instruiré á ustedes de todos los recursos de los bandidos, de su plan de defensa, de... Fuera miedo, señora. ¡Qué diablos! Si no hubiesen ustedes dado conmigo... los ladrones... Pero ahora no hay nada que recelar.

(*El Marques y Camila abren la reja. Cucufate en tanto escribe en un libro de memoria.*

CUCUF. Tomemos nuestras precauciones: no sabe uno lo que le puede suceder.

(*Quítase un justillo encarnado que llevará debajo de la ropa esterior, lo mismo que todos los demas ladrones. Envuelve el libro de memorias en él y lo oculta todo bajo una piedra*). Despachemos, señores, porque tiemblo que ese demonio de German... Ello... vamos claros... yo por una combinacion fatal estaba aqui con... con ellos... cuando... Si ustedes supiesen la consigna que me habian dado! Nada menos que pegar fuego á la santa Bárbara, luego que se acercase alguien. De manera que si yo hubiese sido exacto, á estas horas estábamos ya los tres en conversacion con las siete cabrillas.

CAMILA. Ya está abierto.

CUCUF. Vamos pronto.

MARQUES. Un momento. Permítame usted... Quiero examinar un poco estos lugares. Nuestra seguridad... Tú (*mirando á Cucufate*) no estabas solo, infame; tal vez nos habrán tendido algun lazo. (*Penetra en el subterráneo*).

CUCUF. ¡Señor! ¡Señor!

CAMILA Por Dios señor Marques...

CUCUF. ¿Señor Marques? ¡Eh! Ya no nos oye... si yerra el camino, la hemos hecho buena.

CAMILA. Sígale usted... sígale usted, yo se lo suplico.

CUCUF. Pero si...

CAMILA. Yo recompensaré bien este servicio).

MARQUES. A ver... baja tú. (*Dice esto desde abajo*).

CUCUF. Vamos, no hay mas, se han empeñada en hacerme rabiar, y... ya voy señor... ya voy. ¿No tiene usted miedo de quedarse sola?

MARQUES. ¿Bajas, miserable? (*Desde abajo*).

CUCUF. Ahora me ensarta, y me quedo por esas bóvedas hecho una momia hasta el dia del juicio. (*Entra y cierra*).

ESCENA XI.

CAMILA. *Luego* JACOBO.

CAMILA. ¡Protegedlos, Dios justo!

JACOBO. ¡Camila!

CAMILA. ¿Qué veo? ¿Eres tú?

JACOBO. ¡Llegó á su colmo mi desgracia!

CAMILA. No: no es ilusion... mi querido Jacobo... ¿Por qué misterio?...

JACOBO. ¡Cómo soportar el peso de mis remordimientos!..

CAMILA. ¡Eres, como yo, presa de los malvados!

JACOBO. ¡Ah! ¡Qué tormento! (*Aparte*).

CAMILA. Al fin he vuelto á verte. Sea cual fuere la suerte que se nos prepara, no me quejaré muriendo á tu lado.

JACOBO. ¡Apenas respiro! No me atrevo á mirarla... Si llegasen en este momento... ¡Gran Dios! ¡Una sola palabra!. . ¡Ese nombre terrible!

CAMILA. ¿No me respondes, Jacobo? Estás horriblemente agitado. Mis fatales presentimientos se han cumplido... ya lo ves... ¡Nada de himeneo... ¿Recuerdas?

JACOBO. Huye infeliz. Huye de esta morada de delitos. La atmósfera que respiras está envenenada. No pretendas saber lo que yo no te puedo descubrir. Dame esa llave.

CAMILA. No la tengo. (*Temblando*).

JACOBO. ¿Cómo? (*Desesperado*).

CAMILA. Se la he confiado...

JACOBO. Desgraciada ¿qué has hecho?

CAMILA. Tranquilízate. El Marques no puede tardar en volver.

JACOBO. ¡El Marques!

CAMILA. Y nos salvará. Es dueño de esta salida y del depósito de armas de los bandidos. A tí, mi querido Jacobo, es á quien va á deber la Providencia su tranquilidad, con el esterminio del infame German y sus compañeros!

JACOBO. ¡Qué escucho! (*Abatido*).

CAMILA. ¡Jacobo!

JACOBO. Está decretado: este sitio será mi tumba.

CAMILA. No; mi adorado Jacobo. El cielo no nos abandonará. Nuestro amor ha sido fecundo manantial de desgracias, pero el Dios de justicia que oye nuestros ruegos incesantes...

JACOBO. ¡Qué ibas á pronunciar! Aléjate, aléjate. ¿Ignoras tú que ese lenguaje no puede usarse en estas mansiones horrorosas? ¿Qué sería de tí, si nos oyesen? Aléjate. Me haces estremecer. Tus palabras hielan en mis venas toda mi sangre... Mira... Todavia es tiempo... Sí: yo puedo evitarte el horrible espectáculo de mi suplicio.

CAMILA. ¡Tu suplicio! ¡Vivaldi vá á llegar... no desmayes, Jacobo!

JACOBO. Llegará tarde, (*con toda la fuerza de la desesperacion*) Jacobo ya no existirá cuando llegue. Escucha... Ellos son... sí: ellos son. Esta es la hora de la venganza de un Dios irritado... la hora de la muerte.

CAMILA. ¡Ah! Yo estaré á tu lado, esposo mio. Que un solo golpe divida nuestros cuellos, y seamos inseparables hasta el momento en que dejemos de existir.

JACOBO. Sálvate... Tú estás inocente.

CAMILA. No te abandonaré: (*de rodillas, en la mayor afliccion*). quiero vivir y morir contigo. Concédeme esta gracia.

JACOBO. Espera... todavia me parece... Sí... retírate por esta parte (*abre la puerta de la galeria*) á lo último de esa galería... Te doy palabra

de seguirte al momento. Esos malvados se acercan... si te hallan aquí, nuestro peligro es mayor. Retírate. Voy á seguirte dentro de un instante. Es preciso...
(*Arrastra á Camila hácia la puerta, la introduce en la galeria y cierra de golpe*).

ESCENA XII.

JACOBO. MORLAC. RAGOTZ. BANDIDOS.

MORLAC Y LOS SUYOS. ¡Armas! ¡Armas!

MORLAC. German, el enemigo se ha adelantado y es dueño ya de los primeros atrincheramientos.

JACOBO. ¡Y yo soy quien los vendo! (*Aparte*).

MORLAC. Sorprendidos muchos de los nuestros, se han visto precisados á abandonar las armas, para replegarse hácia aquí con mayor seguridad y en diferentes direcciones. Danos armas, y ven á reparar este golpe desgraciado; llevándote en nuestra compañía, no nos intimida la ventaja que ha conseguido ya el contrario sobre nosotros.
(*Corren á la columna, empujan el sillar y hallan la reja cerrada*).

JACOBO. ¡Armas! No las tengo.

MORLAC. La llave que te hemos entregado...

JACOBO. No está en mi poder.

MORLAC. ¡Cómo!

JACOBO. He vendido vuestros secretos. Soy un traidor, un perverso que merece la muerte. No puedo pagar mi delito sino con mi vida: aqui estoy. Libradme del insoportable peso que me abruma, pareciendo ante vosotros cubierto de oprobio, despues de haber merecido la execracion general.

MORLAC. ¡Quieres morir! ¡Ingrato! Morirás, sí... Compañeros!...

JACOBO. ¡Dios mio! (*escuchando á la reja*). Nuestros

perseguidores se acercan... los oigo llegar... retiraos.

MORLAC. No lograrás sobrevivir á nuestra derrota. Si pretendes...

JACOBO. Retiraos digo. Solo yo puedo facilitaros aun los medios de no ser completamente derrotados. Yo espiaré mi crimen venciendo ó muriendo con vosotros. Por última vez, obedeced á vuestro capitan. Pronto... Ya están aquí.

(*Los bandidos se ocultan entre las ruinas á un lado: y Jacobo cubriéndose el rostro con una máscara se esconde tras de una columna.*

ESCENA XIII.

Dichos. SALVIATI. CUCUFATE, Y ESBIRROS.

(*Lentamente abren la reja: al frente de los esbirros viene Salviati: delante de todos Cucufate, que es quien los guia. Este ha tomado varios cabos del vestuario de los esbirros, de suerte que su traje se diferencia sensiblemente del que antes sacaba. La parte de vestuario que deje Cucufate estará repartida entre dos ó mas esbirros*).

SALVIATI. Es por aquí, señor Cucufate? (*En voz baja*).

CUCUF. No hay que tener miedo. Yo sé muy bien el camino. Cerrar y que se queden abajo los soldados hasta que llegue el señor Marques. Dejarles la llave. Si hubiese el mas pequeño peligro, no les traeria yo á ustedes por tal paraje. Cuando haya que tomar alguna precaucion, avisaré con tiempo.

JACOBO. ¡Son los esbirros!

CUCUF. Ustedes no habrán estado nunca en esta casita. El paraje no es de los mas concurridos, pero tampoco se paga mucho de alquiler. Vengan ustedes conmigo y veremos quién es el guapo que se atreve...

JACOBO. Aqui está German, miserables. Rendid las armas!

TODOS. ¡German!

CUCUF. Está solo. No hay que tener pavura, respóndale usted.

JACOBO. Rendid las armas, repito. Si tardais un instante, pongo fuego á este almacen de pólvora y quedais sepultados aquí. (*Se precipita con las pistolas en la mano hácia donde se supone estar el almacen*).

SALVIATI. ¿Hay allí un almacen?

CUCUF. Si señor, hay allí un almacen.

JACOBO. Por última vez os lo mando. Si no obedeceis sois perdidos.

CUCUF. Señor Salviati, hay casos en que la obediencia es muy recomendable.

SALVIATI. ¿Y crees tú?...

CUCUF. Lo que yo creo es que lo hará como lo dice. Se le ha metido en la cabeza el hacerme volar, y hasta que lo consiga... (*Aparte*).

JACOBO. ¿Dudas? (*Adelantándose mas*).

CUCUF. No señor, no dudamos nada.

SALVIATI. Ahi están las armas. (*Las rinden*).

CUCUF. El demonio tiene este hombre en el cuerpo. Ya se vé... ¿Quién habia de adivinar su plan de defensa?

JACOBO. Entrad ahí. El primero que se mueva quedará tendido á mis pies.

CUCUF. Aconsejo á usted que dé buen ejemplo á estos caballeros. Dentro hay algunas armas blancas desechadas por inútiles; pero todo aprovecha en un apuro. Sirva de gobierno. (*Entran todos los esbirros en un aposento de la derecha. Morlac y los suyos comparecen de nuevo*).

JACOBO. Pediais armas... aquí las teneis. (*Se descubre*). Pronto combatiremos con enemigos mas terribles que los que acabo de hacer prisioneros.

MORLAC. German, este primer triunfo reanima nuestra audacia, y acelera la derrota de nuestros perseguidores. Examinemos, si te parece, alguno de esos cobardes; conozcamos

sus designios, prevengamos y desconcertemos su plan y aseguremos con un golpe decisivo la victoria y nuestra salvacion.

JACOBO. Dices bien. Conduce á mi presencia uno de esos esbirros.

MORLAC. ¿Quiéres que venga el Gefe? Podrá darnos mejor razon de todo.

JACOBO. Tambien será menos digna de crédito su narracion. No debemos fiarnos del Gefe. Como tal, tiene mayor interes en ocultarnos la verdad. Cualquier otro. Le intimidaremos, y declarará cuanto sepa.

MORLAC. Dices bien. (*Entrando donde están los esbirros*). Vamos, sal aquí. ¿Qué? ¿Te resistes? Vamos... pronto.

ESCENA XV.

Dichos. CUCUFATE *conducido violentamente por Morlac.*

CUCUF. Si hubiese algun santo en cuyo patrocinio pudiese yo tener confianza... me encomendaria á él de buena gana. ¡Ay! ¡Valgame el buen ladron!

JACOBO. Acércate y responde.

CUCUF. ¡Todavia no ha preguntado, y ya quiere que le responda! ¡Vaya un (*aparte*) hombre de Barrabás!

JACOBO. Tú sabrás sin duda... acércate. ¡Cómo! ¿Qué es esto? (*Mirándole*).

CUCUF. Mi hora llegó.

TODOS. ¡Es Cucufate! (*Rodeándole*).

CUCUF. ¡Chit! ¡Chit!

MORLAC. Cómo... con este trage...

CUCUF. ¡Chit! No hay que decir quien soy yo. Hablen ustedes bajo por amor de Dios, y no me confundan con esa clase de gentes... con esos miserables. Yo soy siempre de mi capitan y de los suyos... y si fuese preciso jurarlo...

JACOBO. ¡Infame! Tu nos habias abandonado.

CUCUF. Distingo. Relativamente concedo: absolutamente niego.—La echaremos de filósofo. (*Aparte*).

JACOBO. Tu trage...

CUCUF. La guerra admite estratagemas de todo género, y yo me he valido de este para nuestro mejor éxito en el presente apuro. Ya os habia prevenido mi determinacion. Alli está la prueba. Mi justillo encarnado y mi librito de memorias con el aviso oportuno... debajo de esa piedra... podeis verlo. ¡Yo soy siempre consecuente!

MORLAC. ¡Traidor! (*Se oye una descarga*). Somos sorprendidos... El enemigo ha rechazado á los nuestros. ¡A las armas!

TODOS. ¡A las armas!

CUCUF. A las armas, si señor, á las armas.

MORLAC. German, he aqui el momento crítico.

JACOBO. ¡Justo cielo ¡Camila!

VOCES DEN. ¡German! ¡German!

MORLAC. ¿Los oyes? Tus compañeros sucumben pronunciando tu nombre.

JACOBO. ¡Los salvaré ó moriré con ellos! Marchemos pues. (*Se lo llevan los bandidos*).

ESCENA XVI.

CUCUFATE *solo*.

Bien va. Estoy entre dos fuegos. ¿Qué haré? ¿Seré pícaro ú hombre de bien? Me parece lo mas prudente permanecer neutral. ¿Volveré á tomar mi justillo encarnado? Lo mejor es echármele encima tambien, pero sin dejar estos arreos. Asi haremos á pluma y á pelo segun la ocasion. Mas vale en estos casos ser de dos regimientos que de uno solo. A donde la fortuna se incline alli estoy yo cantando victoria. Esta batalla va á de-

cidir de los principios de un hombre apurado.
(*Se pone su justillo y guarda el libro de memorias*).

ESCENA XVII.

Dichos. El Marques, *soldados por la columna.*

Marques. ¿Dónde está Camila?

Cucuf. A ver... por aquella parte... A propósito... Esos miserables han pretendido seducirme; pero yo me he resistido... (*En tanto el Marques saca á Camila*). Yo me he resistido con un teson... con una firmeza...

Camila. ¡Marqués! ¿Y Jacobo?
(*Se oye una descarga á la derecha*).

Cucuf. ¡Ola, ola! Parece que el negocio se enreda de firme. Pronto, señores. Tenemos franca la salida de las columnas. Pongámonos en salvo antes que venga una bedija de plomo á quitarme las pocas ganas que tengo de pelear.
(*Jacobo aparece con máscara en las peñas del fondo*).

Jacobo. ¡Amigos, salvad á Camila!

Camila. ¡Dios poderoso! El es! ¡Es Jacobo. Los bárbaros le conducen á la muerte.

Cucuf. Pronto, señor, pronto.

Jacobo. ¡Compañeros! No hay que desmayar. Yo respiro todavia.

Morlac. ¡Camaradas! Aquellos son los soldados de Vivaldi. Cargadlos, mientras yo vuelvo á unirme al capitan con mi partida.

Marques. Atendamos al peligro mas inmediato. Conviene á toda costa salvar á esta desgraciada. Haceos firmes, sostened la carga por pocos minutos y vengo á reforzaros.
(*Entra con Camila por la reja y cierra*).

Cucuf. Puede venir cuando ya estemos en el otro mundo. ¡Dios mio! Se va y cierra.
(*Los bandidos se presentan*).

BANDIDOS. ¡Mueran! ¡Mueran!

CUCUF. ¡Firme, muchachos, firme!... Ya sabeis las órdenes de nuestro comandante.—¡Animo! ¡Qué diablos! ¡No hay para empezar con esta gente!—Camaradas, esta jornada inmortalizará vuestro nombre. ¿Os hace falta un refuerzo? Aqui le teneis.

(*Echa fuera las esbirros. Estos y los soldados vencen á los bandidos.*

Ya lo habia dicho yo... ¡Victoria! ¡Victoria!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa la plataforma superior de una ciudadela. A un lado y otro hay terraplenes con puertas de hierro que facilitan la salida. Al frente dos torres fortificadas; se comunican por un puente que las une. Las torres dan al mar que se deja ver al fondo.

ESCENA I.

El Duque, *oficiales, soldados en grupo.*

Duque. Que se doblen las guardias (*á un oficial*) y que salgan patrullas para recorrer la ciudad, calmar los ánimos, é inspirar confianza. Haced saber á los vecinos honrados que si yo me he retirado á esta fortaleza, ha sido con solo el objeto de protegerles mas eficazmente contra German y los suyos. Me ha parecido que no les seria difícil comprometer

la tranquilidad aun dentro de la poblacion misma.

(*Sale un oficial, apresurado*).

OFICIAL. Señor Gobernador, el Marques de Vivaldi acaba de entrar en la Ciudadela.

DUQUE. Corramos á su encuentro.

OFICIAL. Aqui viene ya.

ESCENA II.

Dichos. EL MARQUES.

DUQUE. ¿Está usted herido?

MARQUES. No hay cuidado, señor Duque; una pequeña contusion... ¡Pluguiera al cielo que nuestra victoria no nos costase mayores desgracias!

DUQUE. ¿Cómo?

MARQUES. Sin embargo, Camila está en nuestro poder.

DUQUE. ¡Camila! (*Hace una seña y se retiran los oficiales*).

MARQUES. Pronto tendrá usted el consuelo de darla un abrazo. Era prisionera del infame German.

DUQUE. ¡Cielos! ¡Qué fatal misterio!...

MARQUES. En verdad, señor Duque, parece que todos estos acontecimientos presentan cierta ilacion cuyo principio no nos es dado todavia conocer. El tiempo nos revelará lo que ignoramos. Yo, por todo lo que he podido observar, infiero la existencia de una conspiracion contra las autoridades, que con celo laudable empezaban á esgrimir sobre los facinerosos la espada de la justicia; pero el triunfo es nuestro, aunque no tan completo como yo deseaba. El infame caudillo de los ladrones se nos ha escapado: todas mis diligencias para capturarlo han sido inútiles; y no sin grande riesgo y trabajo hemos podido conseguir la victoria. Muchos soldados quedan muertos en aquel oscuro campo de ba-

talla, y entre los valientes que han perecido á manos de los enemigos hemos tenido el sentimiento de contar al conde Jacobo.

DUQUE. No puedo oir sin irritarme el nombre de un seductor perverso que me ha deshonrado y burlado, haciendo á una familia que con tanta generosidad le recibia en su seno la afrenta mas pública y cruel.

MARQUES. No es mi ánimo disculpar faltas cuya gravedad reconozco; pero sí sostendré que no engañaba á Camila, que la adoraba con el mayor estremo, y que instruido sin duda de los funestos acontecimientos relativos á su amada, corrió presuroso á salvarla ó morir en su defensa. Yo hallé á la desventurada amante de mi libertador en el antro espantoso de los foragidos, y vi en sus manos un billete de Jacobo, á cuyo contenido se ha debido nuestra salvacion y la derrota de los malvados. Ansiaba el momento de reunirme con él; pero es evidente que peleaba al mismo tiempo en diferente parage, y que le han sacrificado; de lo contrario, mas tarde ó mas temprano, hubiera comparecido. La desgraciada Camila yace sumergida en el mas espantoso delirio. El trastorno de su razon, la desesperacion hacen su estado mas horrible que la misma muerte.

DUQUE. ¡Justo cielo! Y qué... Aquel que ha deshonrado mi nombre...

MARQUES. En medio del ruido y desórden de un combate tan singular, auxiliado por un desconocido que no consintió abandonarme un momento, y que conocia perfectamente las veredas y demas particularidades del terreno, he libertado á Camila, y la he hecho trasladar á la sala baja situada al pie de esta torre. Alli se le están suministrando ya los socorros necesarios.

DUQUE. No quiero verla, no. Aléjese de mí para siempre; y que un retiro ignorado del mundo entero sepulte sus afrentosos pesares. La llamé mi hija, fui condescendiente con ella,

y he recibido en recompensa los mayores disgustos.

ESCENA III.

Dichos. CUCUFATE *dentro y sale á su tiempo.*

CUCUF. ¡Que soy de casa! ¿Qué papeles ni qué calabazas?—¡Si acabo de llegar con la señorita!—Alli está el señor Marques que puede decir quien soy yo.

MARQUES. ¿Qué es eso?

CUCUF. No me dejan pasar.

MARQUES. Yo le conozco; dejadle.

Sale CUCUF. Perdone usía una y mil veces si vengo á incomodar. Nada se me ocurre por ahora; pero esos señores soldados son tan preguntones que todo se les vuelve indagar y moler. ¿Qué hace usted aqui? ¿De dónde ha venido usted? ¿Cómo se llama usted? Trae usted pasaporte? ¿A quién quiere usted hablar? ¡Cuidado que no he visto gente mas curiosa! Esto es una falta muy grosera de urbanidad, y yo me pico de atento para con todos.

MARQUES. Respondo de este hombre; no hay cuidado.

CUCUF. El señor responde de mi. Ya lo oyen ustedes. ¡Los hombres de bien en cualquier parte encontramos padrinos!

MARQUES. Este es el sugeto de quien hablaba á usted poco ha.

CUCUF. Servidor de usía... digo de su excelencia. Soy de los de la compañía del señor Salviati... de los esbirros de la ciudad.

DUQUE. No recuerdo haberte visto nunca.

CUCUF. Me he alistado hace poco tiempo, señor. Está todo tan malo, que cada dia es necesario mudar de oficio.

DUQUE ¿Tú eres el que ha auxiliado al señor Marques de Vivaldi para librar á mi sobrina y conducirla aqui?

CUCUF. Si, señor, Excmo. señor.

DUQUE. Y quien le ha guiado en el campo.

CUCUF. Si, señor, Excmo. Señor.

DUQUE. Si le parece á usted, Marques, puede encargarse á este hombre la custodia de mi sobrina, ínterin tomo mis disposiciones para su viaje. Tengo por conveniente que no hable Camila con ninguno de la familia hasta averiguar ciertas dudas que...

MARQUES. En este momento solo hay motivo para alabar su celo. Observo en su carácter cierta estravagancia original que me asegura mas y mas de su sencillez, y ademas es interes suyo cumplir las órdenes que se le den.

CUCUF. El señor Marques me conoce muy bien. Este... este es el verdadero modo de tratar á las gentes.

DUQUE. Desde ahora quedas á mi inmediato servicio, destinado á vigilar á mi sobrina, sin permitir que nadie absolutamente la hable hasta que yo disponga otra cosa.

CUCUF. Es decir que paso á ser el hombre de confianza de la casa. ¡Ese es precisamente mi puesto! Siempre para mí los encargos de confianza y de mayor entidad. Y no me disgusta del todo la comision. (*Aparte*).

DUQUE. Pero es indispensable que procures no cometer indiscrecion alguna y que me prometas ser fiel en el desempeño de tu cargo, sin dejarte seducir por las sugestiones de mi familia, ni por las de ninguna otra persona, y piensa que tu cabeza me responderá en caso necesario.

CUCUF. ¡Excmo señor! Por lo que hace á prometer y jurar no hay nadie que me ponga el pie delante. Yo prometo y juro cuanto V. E. me mande, y le suplico que viva descuidado.

ESCENA IV.

Dichos. Oficiales.

Oficial. Señor, van á ser conducidos á la presencia de V. E. algunos de los bandidos que hemos hecho prisioneros, por si V. E. quiere facilitar con sus declaraciones los medios de asegurarnos del resto de los facinerosos y su infame gefe. Se da por cierto que este malvado está dentro de la ciudad.

Todos. ¡Dentro de la ciudad!

Duque. ¿Sería tal su arrojo?

Cucuf. Es muy capaz de todo. Se necesita mucho cuidado... mucha vigilancia... Cabalmente estamos cerca de un almacen de pólvora, y German le haria volar por cualquier friolera.

Duque. ¡German dentro de nuestros muros!

Marques. La fiereza orgullosa de sus compañeros me induce á creerlo: nada temen mientras German esté libre. Asi lo proclaman en alta voz. Tal esceso de audacia indica que cuentan con recursos que nosotros ignoramos.

Duque. Si se hubiera de dar crédito á los rumores que circulan, muchos habitantes de la ciudad, y algunos de ellos muy principales, mantienen relaciones con German, y auxilialian las empresas de aquel. Yo no lo creo, pero por precaucion he mandado que se publique un bando ofreciendo cinco mil ducados de plata al que entregue á German vivo ó muerto; pues con su captura cesará todo.

Cucuf. (*Aparte*). ¡Canario! ¡Cinco mil ducados de plata! ¡Qué buen golpe! ¡Esto doblaria mi capital!

Marques. Si parece á usted bien, puede hacer conducir al segundo gefe de la cuadrilla, y los otros que cayeron con él prisioneros. (*El Duque manda traerlos*).

Cucuf. (*Aparte*). ¡Morlac! Se me ocurre que debo de

evitar esta entrevista. Voy á ver si puedo escurrirme.

MARQUES. Quédate, Cucufate.—Puede ser conveniente (*al Duque*) carearlo con ellos. Le debo algunas noticias muy interesantes sobre el asunto, y acabará de instruirnos.

CUCUF. Todo es verdad, señor; pero no puedo disimular la repugnancia que me causa al ver á esos hombres cara á cara. Ademas si se me permitiese evacuar algunas diligencias en la ciudad... diligencias muy conducentes al mejor servicio que en mis circunstancias puedo prestar á la buena causa... Por otra parte el puesto de confianza que el señor Duque acaba de encargarme... no es justo...

MARQUES. Te necesito. ¡Quédate!

CUCUF. ¡Malo! (*Vuelve la cara al entrar Morlac para no ser descubierto*).

ESCENA V.

Dichos. MORLAC. RAGOTZ. BANDIDOS. SALVIATI *y esbirros armados.*

DUQUE. La sociedad á quien por tanto tiempo y tan inhumanamente habeis ultrajado, reclama vuestro castigo. Yo soy el único que puede mitigar el rigor de la ley en beneficio vuestro, si me declarais los nombres de todos los cómplices, y la guarida de vuestro gefe.

MARQUES. ¿Callais?

MORLAC. Y callaremos. Creí que nos conociais mejor.

MARQUES. Esa arrogancia sentaria mejor en las rocas de la Vírgen; pero ahora tu suerte está en nuestras manos, y no debes olvidar que los vencidos han de ser menos soberbios.

MORLAC. ¿Vencidos!... Si... vencidos por traicion; pero German no lo ha sido todavia. Temed que la fortuna se os muestre algun dia contraria, y recordad que acostumbra mudar de semblante.

MARQUES. ¿Qué esperanza es la vuestra? Tus compañeros de la selva están en nuestro poder.

MORLAC. Todos no: German no lo está...

MARQUES. ¿Te hallaste á su lado en la batalla?

MORLAC. Sí, me hallé con él en el sitio mas peligroso, que ha sido siempre nuestro comun puesto.

MARQUES. ¿Y dónde le dejaste?

MORLAC. Puedo repetir todavia sus últimas palabras. «Amigos (nos dijo) yo soy la causa de vuestra desgracia, pero sabré libraros, ó iré á perecer con vosotros.» Contamos con eso, le contesté yo, y me entregué al momento para protejer su retirada.

DUQUE. ¿Rehusas, pues, el perdon que te ofrezco?

MORLAC. ¡Perdon! No necesito yo de perdon. German vive y está en libertad. El sabrá salvarnos; lo ha prometido.

DUQUE. ¿Salvaros? Yo con una palabra puedo hacer que perezcais en un patíbulo.

MORLAC. Mandadlo. German nos librará tal vez mas pronto.

MARQUES. Nuestras promesas...

MORLAC. Ya he dicho cuanto tenia que decir.

MORLAC. ¡Malvado! Acaso te haré hablar todavia á pesar tuyo. Cucufate, acércate.

RAGOTZ. ¡Cómo! ¡Ese bribon aquí! (*Aparte á Morlac*).

MARQUES. ¿Tú has habitado en las ruinas de los Templarios?

CUCUF. No puedo negar que he sido algun tiempo inquilino de estos señores; pero solo por via de interinidad y bien contra mi gusto, porque mis principios rechazan semejante compañía.

MORLAC. Es falso. Yo ignoro cuáles pueden ser los designios de ese bribon; pero aseguro que no debe figurar aquí como testigo, sino como cómplice nuestro. Es de la compañía, y desempeñaba entre nosotros las funciones de cajero. Si fuese preciso, estoy pronto á jurarlo con mis compañeros. (*Con la demostracion oportuna de los tres bandidos y la suya*).

CUCUF. ¡Ya! ¡Jurarlo! Tambien podria yo jurar si quisiera: pero sería tan en falso como vosotros. En fin, yo al señor Marques me remito; mis servicios merecen que se me dé mas crédito.

MARQUES. Ciertamente, señor Duque, este hombre se unió á mi desde luego sin violencia alguna, se entregó en mis manos, y me ha dado pruebas nada equívocas de su buena fé, indicándome varios desfiladeros secretos y guiándome por ellos.

CUCUF. Ese es mi delito para con esos señores. Yo me hallaba entre ellos porque hace cosa de mes y medio... me salieron al camino y me robaron, conduciéndome en seguida á su madriguera, por razones que no han tenido la atencion de revelarme. ¡Ya se vé! ¿Qué habia de hacer yo? Conformarme con mi suerte, aparentar el mismo humor que reinaba en la nueva sociedad de que yo era individuo, procurar ganarme la confianza, para no ser tan mal tratado, y rogar al Todo-poderoso que apresurase mi rescate, el cual, lo mismo que mi permanencia en aquellos sitios, ha sido muy útil á la buena causa en esta ocasion.

MORLAC. ¿Has visto nunca un pícaro mas descarado? (*A Ragotz, aparte*).

DUQUE. Ya lo escuchais.

MORLAC. Señor, es un malvado impostor.

CUCUF. ¿Un impostor? Pues si llego á hablar... Señor Duque, vá V. E. á saberlo todo, y para que la verdad de mi declaracion...

ESCENA VI.

Dichos. UN OFICIAL.

OFICIAL. Señor, un pliego que acaban de traer para V. E.

DUQUE. Veamos. (*Lo abre y lee para sí*). ¡Qué exce-

so de imprudencia! ¡Este pliego es de German!

TODOS. ¡De German! (*Sorpresa general*).

DUQUE. Puede usted leerlo.

MARQUES. (*Lee*). «Disposiciones crueles han producido «resultados lastimosos. Muchos de los nues«tros se hallan prisioneros; vuélvales V. E. «la libertad y le aseguro que ántes de tres «dias, German y los suyos habrán abando«nado la provincia para no regresar jamas. «Pero si se pronunciase una sentencia con«tra aquellos... ¡Ay de V. E.!... Y sobre to«do... ¡Ay de los traidores! Los veo... los oi«go... sobre sus cabezas caerán los primeros «golpes de mi venganza. — German.»

MORLAC. Ahora se reconocerá que yo decia la verdad.

CUCUF. ¡Los veo!... ¡Los oigo!... ¡Sí! Yo los oigo dice... Sobre sus cabezas... ¡Esto no está muy bueno, que digamos!

DUQUE. Increible parece. Ya no me queda duda de que German se halla dentro de la ciudad... pero si juzga intimidarme con sus amenazas, se equivoca. Yo aceleraré el castigo de sus cómplices, y no aguardo para pronunciar su sentencia, sino las declaraciones de ese irrecusable testigo.

CUCUF. ¡Lo he entendido bien! Los veo... los oigo...

DUQUE. Habla, pues. Dí cuanto sepas.

CUCUF. No nos comprometamos. (*Aparte*). Señor, bien es verdad que yo... he vivido algun tiempo con esos señores... tambien es verdad que no podria yo atreverme á asegurar que fuesen unos anacoretas... Igualmente es verdad que el camino que habian elegido... Vamos... el... el camino iba diciendo, seguramente, el camino suyo no era el de la virtud. Pero puedo afirmar con juramento que es imposible ejercer el oficio de ladrones con mas miramiento ni moderacion. Aquí no ha habido nunca que yo haya visto ni viajeros asesinados, ni doncellas... nada. Ninguna de aquellas habilidades de la profesion... Es de advertir, que no pretendo justificar-

los por la eleccion que han hecho de una carrera tan... tan reprensible. Mas, admitida la suposicion de que... y estando contínuamente colocados entre los prestigios de la gloria y los horrores del cadalso... ha habido tal vez algun mérito en mantener aquel justo equilibrio... Y en todo lo restante... cuando... en fin... ¡Me parece que no se puede decir mas!

MARQUES. ¿A eso se reduce tu declaracion?

CUCUF. Sería muy dificil decir mas cosas con menos palabras.

DUQUE. Tú eres tan criminal como ellos, y estás insultando nuestra paciencia. Prendedle al momento.

MARQUES. Señor Duque, me parece que alguna circunstancia extraordinaria puede haberle obligado á limitar su declaracion, y suplico se me permita quedarme solo con él. ¡Infeliz si se obstina en eludir mis preguntas!

MORLAC. ¡Infeliz, si se atreve á hablar!

CUCUF. Los veo.. los oigo... ¡Estamos bien! (*Aparte*).

DUQUE. Retiradlos. (*Se llevan los bandidos, y el Duque se vá*).

ESCENA VII.

EL MARQUES. CUCUFATE. UN OFICIAL.

OFICIAL. Señor Marques ¿cuál es la seña? Van á relevar las guardias?

MARQUES. Justicia y valor. (*A media voz*).

OFICIAL. Entiendo. (*Vase*).

ESCENA VIII.

EL MARQUES. CUCUFATE.

MARQUES. Tu proceder es particular. Explícame los motivos, y ten entendido que de tí pende ser rico y feliz.

CUCUF. ¡Dios mio de mi alma! ¡No son otros mis deseos!

MARQUES. ¿Por qué rehusabas hablar?

CUCUF. ¡Qué he de rehusar yo, Señor! ¡Si estoy pelándome las barbas por decir cuanto sé! Pero, ¡qué diantre! No veia la necesidad de que todos esos pícaros y las gentes que nos rodeaban, se enterasen de mis declaraciones.

MARQUES. Ahora no hay quien nos oiga.

CUCUF. Diré á V. S. No es que yo tenga miedo... nada de eso... Pero si V. S. conociese al tal German... ¡Ay Dios de los creyentes! Está en todas partes!... Jesus me valga! Allí... allí... cerca de aquel parapeto se me ha figurado verle ahora mismo.

MARQUES. Me pareces un poco pusilánime. Depon todo temor. Esta ciudadela es inaccesible. Tres caminos cubiertos y cinco puertas de hierro nos separan de los calabozos.

CUCUF. Vamos á calcular... Cinco puertas de hierro... Sólidas por consiguiente. (*Aparte*). Escúcheme V. S., yo tengo proporcion de dar al señor Duque las pruebas mas interesantes y auténticas. Permítame V. S. ir á buscar una cartera que he ocultado en la sala de armas. Contiene varios papeles pertenecientes á la compañía de German, la lista general de los bandidos, y la de los confidentes y corresponsales de la ciudad. Hay tambien allí cartas del mismo German. Esto debe de ser muy del caso.

MARQUES. Seguramente.

CUCUF. ¡Dios mio! ¡Si además de las cinco puertas de hierro pudiera yo interponer aquí la gran muralla de la China! (*Aparte*).

MARQUES. Vé, pues, busca tu cartera, no tardes, y piensa sobre todo que no te se pierde de vista y que no te se dejará salir de la fortaleza.

CUCUF. Ya... en ese caso... Muy bien, Señor... Parto como una exhalacion, y vuelvo con la posible prontitud. (*Vase*).

ESCENA IX.

El Marques, *luego* Jacobo *sin máscara.*

Marques. (*Al bastidor*). No permitais que ese hombre salga de la ciudadela. ¿Entendeis? ¡Dios mio! ¡Jacobo en este sitio!

Jacobo. Señor Marques...

Marques. Creiamos á usted víctima del furor de los asesinos.

Jacobo. Una casualidad feliz... el desórden de esta jornada fatal me ha salvado la vida.

Marques. ¿Y cómo ha podido usted llegar hasta aquí?

Jacobo. Mi nombre me ha abierto paso por todas partes.

Marques. El Duque está implacable.

Jacobo. Este es el momento en que reclamo la recompensa de los servicios que tuve la fortuna de prestar á usted en un lance apurado. Secretos que no puedo ni debo ahora revelar me colocan hoy en una posicion tan dificil, que no hallo palabras bastante espresivas para pintarla. En tal estado, suplico á usted que no me recuerde nada de cuanto pueda tener relacion con el acontecimiento á que alude, y exijo que se sirva no hacerme pregunta de ningun género. Sé que he merecido el ódio y el desprecio del Duque... pero debia renunciar á Camila; y no me era posible aceptar su mano sin llamar sobre mí y sobre ella la venganza y la muerte.

Marques. ¡La muerte!

Jacobo. Aunque he seguido las pisadas de mi amante en las peñas de la Vírgen, y confortado su espíritu entre las fatales ruinas de los Templarios, no por esto puedo variar de resolucion. Vengo á darle un eterno adios: necesito verla por la última vez! Yo la revelaré la historia de una vida que aborrezco,

y obtendré su perdon por haber profanado sacrílegamente los derechos de la inocencia.

MARQUES. Creo muy dificil que se permita á usted realizar sus deseos.

JACOBO. ¡Gran Dios! ¿Qué ha sido, pues, de Camila? ¿No está en salvo? ¿Acaso el Duque pretende vengar en su inocente sobrina la afrenta que ha recibido de un amante infeliz y temerario?

MARQUES. Jacobo, tengo derecho á que se me crea sincero y franco: el amante de Camila debe de abandonar para siempre estos lugares, huir de la vista de un hombre justamente irritado, y no perturbar por mas tiempo con su presencia la paz y el sosiego, que no es dificil recobre al fin una familia desolada, si cesa el motivo que ha ocasionado sus inquietudes: Camila vive. El tiempo tranquilizará su agitado espíritu: pero la autoridad de un segundo padre la separa para siempre del hombre á quien habia elegido por esposo. Si Jacobo conserva un resto de verdadero amor, debe de evitar la repeticion de tan desagradables escenas y dejar á Camila.

JACOBO. (*Muy agitado*). ¡Camila no existe para mí! ¡Yo soy su verdugo! ¡Aquí empieza mi suplicio! ¡Ah! Tú sola mitigabas los martirios crueles á que tanto tiempo hace estoy condenado, detenias mi planta, al borde de un espantoso precipicio, conservabas alguna tranquilidad en mi espíritu, en medio de multitud de puñales alzados por todas partes sobre mi cabeza! ¡Y te pierdo! (*El Marques quiere calmarle*). ¡No os acerqueis á mi! ¡La desgracia que me persigue por todas partes no os respetaría! ¡Dejadme... dejadme!...

MARQUES. ¡Jacobo!

JACOBO. Yo sabré substraerme á tan terribles padecimientos. Me queda un brazo acostumbrado á vencer. ¡Triunfaré de mí mismo!

MARQUES. Hagámonos superiores á nuestras desgra-

cias, y apelemos al único recurso que nos queda para aplacar al Duque. Ambos nos hallamos en el caso de renunciar á nuestras esperanzas, aunque por diversas razones. Emprendamos, pues, los dos una hazaña que salve al uno y pueda hacerle feliz. Nos hemos batido con los foragidos de las ruinas de los Templarios: muchos de los ladrones se hallan prisioneros en esta ciudadela: su malvado gefe ha burlado nuestras disposiciones, y escapando de la venganza de la ley, nos insulta todavia; vamos los dos juntos en busca del perverso German, presentémoslo al Duque, vivo ó muerto, y yo interpondré en favor de mi desolado amigo toda mi influencia, todo el mérito de tan útil servicio.

JACOBO. ¿German? Yo podré conducirle aquí.

MARQUES. Uno de los suyos me ha prometido la lista de varios cómplices, cartas, y otros documentos importantes.

JACOBO. ¿Uno de los suyos?

ESCENA X.

Dichos. CUCUFATE.

CUCUF. Si está V. S. ocupado...

MARQUES. No. Delante de este caballero, íntimo amigo del señor Gobernador, persona de mi confianza, puedes hablar sin el menor recelo.

CUCUF. Para mí es igual, una vez que V. S. dice... (*Pasa por detras y se coloca en medio*).

JACOBO. Acércate. ¿Eres tú quien debe entregar á German?

CUCUF. ¡Santo Dios! ¿Qué veo? De esta no escapo. Sobre ellos... caerán... los... primeros golpes... (*Todo aparte*).

JACOBO. Ya te oimos. Cuenta con lo que vas á decir. Tu cabeza responde.

CUCUF. Si, señor, que responde. Para mí no hay remedio. (*Aparte*).

JACOBO. ¡Los papeles! (*Imperiosamente*).

CUCUF. Si pudieran sus Señorias dispensarme... ¡Estoy ahora mismo con un ataque de nervios!

MARQUES. ¿Qué dices?

JACOBO. ¿Por qué no hablas? ¿Te lo estorba alguien?

CUCUF. No, señor... no... nadie seguramente, pero cuando no se tiene mas que indicios inciertos... asi... como... como si digéramos... sospechas vagas... para... es mucho mejor entonces callar.

MARQUES. Concluyamos ¿Dónde están los papeles?

CUCUF. Los tengo, si señor... hasta cierto punto puede decirse que los tengo... Es decir los tenia (*á Jacobo*) pero por un acontecimiento imprevisto que las circunstancias... Quiero decir... que (*al Marques*) no me seria posible encontrarlos ahora... En fin, V. S. ve que (*á Jacobo*) yo hago todo lo que puedo, y que se debe de agradecer la buena voluntad.

MARQUES. No esperes engañarme, si es este el fin que te has propuesto. ¡Pronto! los papeles que me has prometido, relativos á German y sus cómplices. Si no los entregas te hago volar la tapa de los sesos.

CUCUF. ¡Dale con hacerme volar! (*Aparte*).

MARQUES. ¡Ola! (*Llamando*).

CUCUF. Un momento, señor..... no confundamos las ideas. Por lo que hace á los cómplices, he podido prometer..... los cómplices... ya se ve... los cómplices son pícaros subalternos, y... no hay mas que decir. Pero German... el Señor German... jamás he hablado de él si no con aquel respeto y aquellas restricciones... y aun si fuese necesario en un apuro... (*á Jacobo*). Sin dejar yo por esto de ser muy adicto (*al Marques*) á la buena causa... Pero... (*á Jacobo*) puedo jurar... Y tambien (*al Marques*) juro á V. S.... Que (*á los dos*) me dedico absolutamente á complacer á entrambos, que soy muy consecuente, y que jamas desmentiré mis principios.

MARQUES. Por última vez... (*Amenazándole*).

CUCUF. ¿No ve usía como sudo, señor? ¡Que diga nadie mas en mi lugar!

JACOBO. Yo me encargo de hacerle hablar. No se me escapará..... respondo de él..... Permítame usted...

MARQUES. Voy á tomar algunas disposiciones importantes. Vuelvo dentro de pocos momentos. Entre tanto...

CUCUF. Señor Marques... (*Adelantándose*).

JACOBO. Quédate aqui. Si das un solo paso...

MARQUES. Disponte á morir, ó á entregarme sin demora los documentos que me has prometido.

ESCENA XI.

JACOBO. CUCUFATE.

CUCUF. Me tiemblan las carnes. Siento un sudor frio... Señor Capitan... (*De rodillas*).

JACOBO. Silencio ¡Esas bajas demostraciones no te salvarán! (*Suena una corneta*).

CUCUF. ¿Es algun refuerzo que llega?

JACOBO. ¡Silencio! No te muevas. (*Haciéndole volver la cabeza*). Han pasado bajo el cañon (*mirando hácia el mar*) del fuerte... La barca se adelanta hácia el pie de estos terraplenes ¡Amigos intrépidos! ¡Fieles amigos de German! (*Cae en la escena una piedra con una cuerda á la que viene atada una escala. Jacobo tira de ella y la sujeta oportunamente*).
Sujetemos la escala. No hay vigilante alguno por esta parte, que juzgan sin duda inaccesible. Subid. Aqui estoy yo! Nada temais. (*Algunos bandidos suben por la escala y entran en la escena*).

CUCUF. ¡Válgame Dios! A los desesperados no hay cosa capaz de infundir miedo: á pique de romperse la nuca siete veces... Pero... ¡Ola! Estos no eran (*mirando* (*furtivamente*) de

nuestra division. ¡Vienen vestidos de esbirros!

JACOBO. Habeis acudido á mi voz, y no habeis abandonado á los vuestros en la desgracia. No dudo de su libertad, pues depende de vosotros... Responde.

CUCUF. En preguntando. (*Aparte.*)

JACOBO. ¡A qué lado están los calabozos!

CUCUF. Aqui... á esta parte, señor German.

JACOBO. Es preciso indagar si pueden oponerse algunos obstáculos...

CUCUF. Yo... yo estoy bien enterado de todo, señor German. Y si usted quiere... Celebro en el alma poder prestar este nuevo servicio. Contamos tres caminos cubiertos, y cinco puertas de hierro... Esto no es decir que...

JACOBO. Basta... El éxito pudiera arriesgarse empleando la fuerza; pero á favor de una astucia... Ese disfraz... Tratemos de saber cuál es la seña. Vamos, pues, y obliguemos al primer centinela, con la espada al pecho, á que nos la dé.

CUCUF. ¡Qué fortuna! La seña es *justicia y valor*: yo la he oido cuando se ha dado.

JACOBO. Sabeis mis órdenes. El fuego en cuatro sitios á la vez. Empezareis por las salas bajas de este lado; y asi tendremos tiempo de operar por la parte de los calabozos.

CUCUF. ¡Sopla! ¡Ya está encendida la ciudadela! Este demonio es capaz de volver el mundo de arriba abajo. (*Aparte*).

JACOBO. ¿Lo habeis oido? «*Justicia y valor.*» Nosotros «*German y venganza.*» (*Vánse los bandidos*). ¡Infame! Dentro de cinco minutos no podrás hacer traicion á nadie.

CUCUF. ¿Me atreveré á preguntar á usted qué es lo que quiere decir con esa espresion?

JACOBO. Que á German no se le ha engañado nunca impunemente; que tu sentencia está pronunciada, y que vas á morir.

CUCUF. ¡Cinco minutos solamente! ¡Gran Dios! Mire usted, señor capitan, que no tengo mis cosas muy bien arregladas, y que necesito

mas tiempo. ¿Quién cuidará, si yo llegó á morir, de mi pobre prisionera? ¡Pobre Cucufate! ¡Pobre Camila!

JACOBO. ¿Camila? ¿Qué nombre has pronunciado?

CUCUF. El de una presa cuyo alcaide soy, de órden del señor gobernador.

JACOBO. ¿Cómo? ¿Presa? En nombre del cielo te aseguro que mi vida, mi fortuna, todo pende de ti en este momento.

CUCUF. Pero entendámonos... ¿Moriré dentro de cinco minutos?

JACOBO. ¡No morirás! No: yo te lo juro y German jamas faltó á su palabra. Prosigue... Camila...

CUCUF. Es la sobrina del Gobernador, y este señor la tiene encerrada.

JACOBO. Ven... guia mis pasos... condúceme á su presencia.

CUCUF. ¿No le seria á usted mejor hablar con ella sin testigos? Aqui... por este lado... en la sala baja... Esta es la llave... todavia no hace media hora que está en mi poder.

JACOBO. ¡Qué pronuncias! ¡La sala baja! ¡Dios poderoso! Las órdenes que acabo de dar... ¡No hay remedio! Ya es presa de las llamas! ¡Infeliz! ¡Llegaré tarde! (*Vase*).

ESCENA XII.

CUCUFATE *solo.*

No hemos escapado de mala... Ignoro si estoy vivo ó muerto. Apenas puedo respirar. Esto es lo que se llama poner á un hombre honrado entre la espada y la pared. Y ¿qué debo de hacer ahora?—Claro... está claro... Voy á buscar al gobernador, y al Marques y... al primero que se presente. Sé las consignas de ambas partes beligerantes... German está por aqui... los suyos alli... los contrarios suyos por allá... mi gente... mi gente

está en todas partes. Soy con justo título el hombre universal. La carcel se halla forzada, el incendio pronto á estallar... Habrá desórden; tanto mejor. Adonde vaya la fortuna alli iré yo. Este es el momento de distinguirme.

ESCENA XIII.

(*Empieza á indicarse el incendio. Algunos soldados atraviesan por el fondo.* JACOBO *que conduce á* CAMILA).

JACOBO. Sígueme; no permanezcamos aqui mas tiempo.

CAMILA. No... detente. Los malvados te asesinarian... ¿Los ves? (*Delirante*).

JACOBO. Sus ojos inmóviles se clavan en mi... (*Mirándola con sobresalto*). parece que no me reconoce. ¡Horrible sospecha! Camila... vuelve en tí... soy yo... es tu amante... es Jacobo el que te habla.

CAMILA. Mas bajo. ¿No le estas viendo? Es él.. sí... es él... es German.

JACOBO. ¡Oh suplicio!

CAMILA. German... si... German rodeado de sus feroces compañeros... tiene las manos llenas de sangre. ¡Mírale! ¡Calla! Si... ya ha pasado... No nos ha visto... ¡Ah! te hubiera asesinado... como á Jacobo!

JOCOBO. Jacobo existe todavia, y viene á salvarte. Si se pierde un momento, vamos á perecer. La fortaleza se desplomará y todos seremos sepultados bajo sus ruinas Sígueme...

CAMILA. No. Estoy bien aqui... me gusta el aspecto de estos lugares!

JACOBO. ¡Desventurada!... Camila ¿no oyes el ruido de las armas? Se acercan ya por ese lado...

CAMILA. ¡Y va á consumarse mi venganza! Ven.... Ven... pidamos juntos al Todo-poderoso el castigo del malvado German... que el rayo del Eterno le aniquile, si la justicia humana no consigue alcanzarle!... Que su corazon devorado por los mas crueles remordimientos...

ESCENA XIV.

Dichos. Bandidos y esbirros atraviesan el teatro luchando. Morlac trae una espada.

MORLAC. ¡Herid sin piedad, y salvemos nuestras vidas!

JACOBO. ¿Morlac?

MORLAC. Somos perdidos. Nuestros fieles amigos acababan de romper nuestras cadenas, pero el Gobernador se ha precipitado sobre nosotros con su guardia. Yo me he abierto paso, no sin dificultad, por si podia protejer tu fuga. Muchos de nuestros compañeros son arrastrados en este momento á la muerte.

JACOBO. ¡Todo se ha perdido!

MORLAC. Huyamos... no nos queda mas que un instante.

JACOBO. ¡Abandonarla asi!

MORLAC. ¡No hay remedio! ¡Sígueme!

CAMILA. ¿Dónde vas? no... quédate á mi lado. German vá á perecer y presenciarás su castigo. (*Se desmaya*).

MORLAC. Ven.

JACOBO. ¡Eres mi amigo! ¡Salvarla ó morir! La escala está colgada sobre el puente. Huyamos. *Estrechando primero la mano de Morlac, y queriendo llevar en sus brazos á Camila. El incendio ha ido aumentándose. Empiezan á observarse sobre la escena todas las horrorosas particularidades de semejantes desgracias. Quieren subir al puente y se desploma al mismo tiempo. Vuelven al proscenio precipitadamente.* ¡Estamos perdidos! La mano de Dios ha descargado sobre mí el golpe formidable! (*Conducen á Camila sobre un asiento de piedra. Está sin sentido. Jacobo se pone su máscara*).

ESCENA XV.

Dichos. El Duque. El Marques. *Se presentan seguidos de soldados y esbirros que cercan por todas partes la escena. Jacobo se arrodilla á los pies de Camila.*

Marques. ¡Allí está! ¡Es German!

Duque. ¡Bárbaro! Rinde las armas.

Jacobo. Ven por ellas.

(*Jacobo y Morlac se ponen en defensa. Al mismo tiempo se oye una descarga de mosquetería que anuncia la ejecucion de los cómplices. Jacobo se inmula y deja caer su espada. Camila vuelve en sí*).

Duque. Murieron vuestros infames compañeros. No tardareis en recibir como ellos la recompensa de tantos delitos. Arrancadle esa máscara y conozcámosle en fin.

Jacobo. ¡Morlac! ¡Estoy sin armas!

Morlac. Te cumplo la palabra. (*Le dá una puñalada. Vá á darse él otra y le detienen*).

Marques. ¡Miserable! (*Jacobo ha caido en brazos de los soldados que están inmediatos. Con ambas manos sujeta su máscara y al fin se la quitan*).

Todos. ¡Jacobo! (*Camila dá un grande grito*).

Jacobo. ¡No! ¡German!

Duque. ¡Dios mio!

ESCENA XVI.

Dichos. Cucufate.

Cucuf. ¡Victoria por los nuestros! ¡Victoria! Aquí están... ha muerto ese pícaro? Aquí están los documentos que yo habia prometido. Yo

soy siempre consecuente. La cartera, las cartas... Ésta, sobre todo, es interesante. (*El Marques toma lo que le entrega Cucufate y lee*).

MARQUES. «Compañero, ya te he dicho que estoy re-«suelto á no volver con vosotros. Antes de ser...

CUCUF. Hay puntos suspensivos ¿no es verdad?

MARQUES. «Fuí soldado: reñí con mi gefe y le maté... «Busqué asilo en un pais extranjero y me «reuní á vosotros. Si das lugar á que haga «contigo ó con cualquiera de los demas lo «que hice con mi gefe, se hará y os ahor-«raré el trabajo de venir á buscarme. No «penseis que es menos valiente mi brazo «por haber renunciado ya á los horrores de «una carrera desventurada que adopté por «fuerza, y de la cual me separo porque soy «libre para hacerlo. Escusadme el disgusto «de poner por obra parte del contenido de «esta carta.»

CUCUF. Se la dirigia sin duda á su teniente.

DUQUE. Retirad á esos miserables. Veo claramente todo el horror del precipicio á cuyo borde hemos estado. ¡Bendito sea el Dios de las misericordias que no ha permitido se llegue á estampar sobre la frente de un hombre honrado el sello de la infamia!

FIN.

EN UN ACTO.

Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El rey por fuerza.
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El chal verde.
Como usted quiera.
Un año en quince minutos.
Un cabello!
El don del cielo.
La esperanza de la Patria, *loa*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS A TODA ORQUESTA.

Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El duende.
El duende, segunda parte.
Las señas del archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lorenzo.
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agna.
La venganza de Alifnoso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del canal.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete. . .	D. Nicolas Herrero y Pedron.
Alcalá. . . .	Benigno Garcia Anchuelo.
Alcoy. . . .	José Marti y Roig.
Algeciras. . .	Clemente Arias.
Alicante. . .	Pedro Ibarra.
Almagro. . .	Antonio Vicente Perez.
Almería. . .	Mariano Alvarez.
Andujar. . .	Domingo Caracuel.
Antequera . .	Joaquin Maria Casaus.
Aranda . . .	Manuel Martin Fontenebro.
Aranjuez. . .	Gabriel Sainz.
Arévalo. . . .	José Espinosa.
Avila.	Vicente Santigo Rico.
Avilés. . . .	Ignacio García.
Badajoz . . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena. . . .	Francisco Fernandez.
Baeza.	Francisco de P. Torrente.
Barbastro. . .	Mariano Ferraz.
Barcelona . .	Juan Oliveres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Baza.	Joaquin Calderon.
Bejar	Vicente Alvarez.
Berja.	Nicolas del Moral.
Bilbao. . . .	Nicolas Delmas.
Borja	Manuel Marco Cadena.
Burgos. . . .	Timoteo Arnaiz.
Cabra. . . .	Manuel Rendon.
Cáceres. . . .	José Valiente.
Cádiz.	Severiano Moraleda.
Calatayud . .	Bernardino Azpeitia.
Carrion . . .	Luis Agudo Luis.
Cartagena. . .	Vicente Benedicto.
Cervera. . . .	Joaquin Gasset.
Chielana. . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Antonio Mexía.
Córdoba . . .	Joaquin Manté.
Coruña. . . .	José Lago.
Cuenca. . . .	Pedro Mariana.
Ecija.	Ciriaco Jimenez.
Figueras. . .	Jaime Bosch.
Gerona. . . .	Francisco Borja.
Gijon.	Vicente de Escurdia.
Granada. . .	José María Zamora.
Guadalajara .	Fermin Sanchez.
Habana. . . .	Charlain y Fernandez.
Haro. . . .	Pascual de Quintana.
Huelva. . . .	José V. Osorno é hijo.
Huesca. . . .	Bartolomé Martinez.
Igualada. . .	Joaquin Jover y Serra.
Jaen. . . .	José Sagrista.
J. la Frontra.	José Bueno.
Leon	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . . .	Manuel de Zara y Suarez.
Llerena . . .	Bernardino Guerrero.
Lisboa. . . .	Silva Junior.
Loja.	Juan Cano.
Lorca. . . .	Francisco Delgado.
Lugo. . . .	Manuel Pujol y Masia.
Lucena . . .	Juan Bautista Cadena.
Málaga. . .	D. Francisco de Moya.
Manila. . . .	Ramon Somoza.
Manresa. . .	Manuel Sala.
Manzanares. .	Dimas Lopez.
Mataró. . . .	José Abadal.
Medina Sidon.	Francisco Ruiz Benitez.
Mérida. . . .	Manuel de Bartolomé Diez.
Mondoñedo. .	Francisco Delgado.
Murcia . . .	José Galan.
Orense. . . .	José Ramon Perez.
Oviedo. . . .	Bernardo Longoria.
Palencia. . . .	Gerónimo Camazon.
Palma. . . .	Pedro José García.
Pamplona. . .	Ignacio Garcia.
Paris.	Lassale y Melan.
Plasencia . .	Isidro Pis.
Pontevedra. .	Juan Verea y Varela.
Priego. . . .	Gerónimo Caracuel.
P. Sta. María .	José Valderrama.
Requena. . .	Antolin Penen.
Reus.	Juan Bautista Vidal.
Rioseco. . . .	Marcelino Tradanos.
Rivadeo. . .	Francisco F. de Torres.
Ronda. . . .	Rafael Gutierrez.
Rota.	Pedro Gomez de la Torre.
Salamanca. .	Rafael Huebra.
S. Fernando.	José Tellez de Meneses.
San Lucar. .	José María del Villar.
Sta. Cruz Tf.	Pedro M. Ramirez.
S. Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Santander. .	José Aguirre.
Santiago. . .	Sres. Sanchez y Rua.
Segovia. . . .	Eugenio Alejandro.
Sevilla. . . .	Cárlos Santigosa.
Idem.	Juan Antonio Fé.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera. . .	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona . .	José Pujol.
Teruel. . . .	Vicente Castillo.
Toledo. . . .	José Hernande.
Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
Tortosa. . .	Crescencio Ferreres.
T. de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga.
Tuy.	Francisco Martinez Gonzalez
Valencia. . .	Francisco Mateu y Garin.
Idem.	Francisco de P. Navarro.
Valladolid. .	José M. Lezcano y Roldan.
Valls.	Cayetano Badia.
Velez Málaga	Antonio Maria Cebrian.
Vich.	Ramon Tolosa.
Vigo.	José María Chao.
Vill. y Geltrú	José Pers y Ricard.
Vitoria. . . .	Bernardino Robles.
Ubeda. . . .	Francisco de P. Torrente.
Utrera. . . .	Juan de Alba.
Zafra	Juan de Dios Hurtado.
Zamora. . . .	Manuel Conde.
Zaragoza . .	Pascual Polo.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral, casa Astrarena.